



PROGRAMA 2.000

LAS SEÑAS DE IDENTIDAD DEL SOCIALISMO

*Elías DIAZ, Ramón VARGAS MACHUCA, Antonio SANTESMASES,
Raimon OBIOLS*

Francisco LAPORTA

En esta sesión del Club de Debate nos congrega una interesante cuestión: los criterios y rasgos de identificación del pensamiento, la práctica y la política socialista, e incluso del ser socialista individualmente. Esta cuestión nunca ha sido pacífica, toda la historia del socialismo y del pensamiento socialista está llena de debates y controversias sobre lo que es y lo que no es ser socialista. Lamentablemente, con cierta frecuencia ha asomado la oreja el dogmatismo y el sectarismo, ya que a lo largo de la historia nunca ha faltado quien se ha sentido autorizado para expedir certificados de integridad socialista. Afortunadamente, éste no es el problema en la actualidad, porque la evolución de los tiempos y de la práctica histórica ha ido llenando las ideas y las organizaciones socialistas con una gran pluralidad de componentes, eliminando de paso las condiciones para que surja este tipo de integrismo definicional.

Sin embargo, aunque la actitud hoy en día es tolerante por necesidad, la cuestión de los criterios de identificación del socialismo está especialmente viva, porque un conjunto de circunstancias

muy importantes ha venido a interferir en la percepción que de sí mismos tenían los socialistas y sus organizaciones. Me refiero a circunstancias como la naturaleza de la crisis económica, que parece exigir poner casi más cuidado en proteger la tasa de formación del capital que en proteger las reivindicaciones obreras. Me refiero a cuestiones como la hegemonía electoral conservadora en países de gran influencia como EEUU, Inglaterra o Alemania, o a la aparición y expansión de un sólido pensamiento neoliberal y comunitarista que ha puesto en tela de juicio las bases conceptuales en las que se movía el socialismo desde hace decenios. Me refiero a circunstancias como la nueva percepción de la dimensión internacional de la política y, en concreto, para hablar de España, al hecho de que el socialismo haya adquirido responsabilidad de poder en un momento en el que la integración europea ha producido en el pensamiento socialista y, en general, en el mundo de las actitudes socialistas, una cierta perplejidad que no sólo nos invita, sino que nos exige, la autorreflexión, la autocrítica y el debate. Para hablar de todo ello tenemos con nosotros a Elías Díaz, a Ramón Vargas Machuca, a Antonio García Santesmases y a Raimon Obiols.

Elías DIAZ

Realmente es una tarea interesante la de intentar desentrañar las señas de identidad del socialismo, pero también es ardua y difícil y, en cierto modo, es una tarea que parece estar un poco a contrapelo de lo que son hoy las exigencias de la filosofía o del pensamiento. En este sentido, mi intervención va a poner casi más énfasis en señalar algunas reservas de carácter metodológico que nos puedan servir para el debate posterior, que en determinar las señas de identidad en cuanto a contenido concreto, aunque también pretendo decir algo sobre ellas.

En nuestro tiempo estamos ya todos un poco cansados del tema de las señas de identidad —el tema del libro de Juan Goytisolo—, porque en España hemos tenido mucho tiempo de elucubración intelectual, teórica, sobre el ser o no ser de España y, más tarde, sobre qué era cada una de las nacionalidades históricas. Digo esto para indicar que quizás haya que partir, más bien, de una actitud metodológica relativista y escéptica con respecto a las señas de identidad individuales y colectivas de los pueblos. Es más —y aquí me permitiría citar la obra importante de Dreck Parfit y, por qué no, hablando en España, las de Unamuno—, hoy el problema de la personalidad se presenta de diferente manera que en otras épocas, porque antiguos términos como los de coherencia, personalidad coherente o autenticidad están siendo puestos en cuestión, de alguna manera, por las filosofías de la sospecha y las filosofías posteriores y actuales. Antes, presentar una imagen coherente,

auténtica, íntegra... —y también estoy pensando en los antiguos socialistas— era algo que no necesitaba justificarse, pero hoy este tema se presenta realmente difícil y hay que ser optimista para atreverse a venir aquí, con las circunstancias en que se encuentra el mundo y España, a hablar de las señas de identidad.

La verdad es que el primer problema que me he encontrado al pensar en este tema es que tenía que justificar si definir con rotundidad las señas de identidad es algo positivo o si, por el contrario, las señas deben ser de ambigüedad, de dualidad, de algún inevitable enmascaramiento, ocultación o de falta de coherencia y de definición. Realmente, no estoy en modo alguno por el elogio de la indefinición por la indefinición o de la ambigüedad por la ambigüedad; más bien lo contrario, pero me parece que hoy es enriquecedor para la personalidad pensar que ella es el resultado de personalidades individuales y colectivas de ayer, de diferentes circunstancias y condiciones y que todos somos diferentes *yoes*. Y, por tanto, que definir la personalidad individual y de los pueblos, y las señas de identidad de los partidos, las ideologías y las filosofías es algo muy difícil. Me agradecería que esta primera afirmación metodológica fuera compartida por todos y que el debate no fuese a la búsqueda de unas señas de identidad perfectas, inmutables, absolutas y claras, como si hubiese una especie de retrato robot o signos en virtud de los cuales cada uno pudiera medirse para ver si coincide o no con el auténtico socialismo. Hoy la personalidad y las señas de identidad es algo más fluido y plural, aunque efectivamente debe haber alguna coherencia o algún tipo de coincidencia, porque si no no sabríamos de qué estamos hablando; si la ambigüedad llega hasta el punto de que es lo mismo hablar de socialismo democrático que de algún tipo de comunismo o pensamiento de derecha, si no se puede decir nada con certeza y todo vale por igual, entonces, por lo menos por mi parte, daría por acabada la intervención. Pero, en definitiva, mi apuesta es por un relativismo y una cierta pluralidad que enriquezca las señas de identidad, y rechazo los esencialismos y las definiciones cerradas y conclusas para siempre.

Desde este punto de vista, la primera precisión que hay que hacer es que esa perfecta identidad, o esa definición inmutable, menos que nada hay que buscarla en el pasado, pero si ni siquiera hoy nos atreveríamos, al menos yo no me atrevo, a dar una definición cerrada, conclusa y perfecta del socialismo, más inútil y menos eficaz sería tomar un modelo del pasado como patrón para señalar quién es o no es socialista. No voy a trazar aquí la historia, pero, entre otras cosas, ¿cómo decidimos quién dio las señas de identidad? La palabra socialismo se escribe por primera vez en Inglaterra, en 1827, en los círculos socialistas de Owen y, en el continente, en 1832, en los círculos saint-simonianos de Francia; en la década siguiente aparecerían los términos comunista y comunis-

mo, y después —años cuarenta— los términos anarquista y libertario. Entonces, ¿qué modelo habría que tomar aquí como base para las señas de identidad del socialismo? La historia es imprescindible, y no quiero que nadie interprete que esos modelos del pasado no deben ser tomados en consideración, pero no sirven como pautas inmutables y perfectas.

De lo que estoy diciendo tal vez ya se infiere que mi concepción del socialismo es el socialismo democrático. Efectivamente, existen diferentes tipos de socialismo: el que deriva hacia el comunismo, el socialismo anarquista, libertario y otras especies, todas con la común legitimidad de su raíz socialista. Pero mi intervención se centrará sobre el socialismo democrático. En este sentido, entiendo también el socialismo democrático, en conexión con lo que vengo diciendo hasta ahora, como algo no esencialista y situado en un proceso histórico. Por tanto, esa pregunta que siempre está presente sobre si hemos llegado o no al socialismo, o cómo llegaremos a esa perfecta situación, me parece que no tiene mucho sentido. No entiendo un estado perfecto al que se va a llegar o algo que está esperándonos a que llegemos. Todas estas construcciones son ahistóricas y habría que destacarlas. Debemos situarnos en un concepto de proceso histórico siempre abierto, y no en ningún tipo de esencialismo.

Dicho esto, que me importa mucho como presupuesto metodológico para que luego podamos ofrecer entre todos un mosaico válido para el debate, me atrevería a decir que las señas de identidad del socialismo democrático podrían sintetizarse, de alguna manera, desde tres perspectivas centrales: una perspectiva política, una perspectiva cultural-ética y una perspectiva económica.

Cuando digo que el socialismo es o se identifica desde el punto de vista de una política, me estoy refiriendo a que es precisamente expresión o profundización del sistema político de carácter democrático. Si no hay democracia no hay socialismo —y ¿si no hay socialismo, no hay democracia?, sí, hay democracia de otras características; insuficiente, pero hay democracia—. Ahora bien, el sistema político democrático en que se enmarca el socialismo no es sólo trabajo en las instituciones. En el sistema político democrático la vertiente socialista insiste, por un lado, en el trabajo en las instituciones democráticas que todos conocemos y, por otro, en los denominados movimientos sociales. Aunque siempre se discutirá la diferencia entre socialismo y socialdemocracia, entiendo que no hay total escisión entre estos dos conceptos y que la socialdemocracia es el socialismo trabajando fundamentalmente en las instituciones. Hoy ese socialismo democrático, versión socialdemocracia trabajando en las instituciones, es insustituible, pero estas señas de identidad desde el punto de vista político exigen dar un paso más para buscar una democracia social y económica. En este

sentido, existe la necesidad de entendimiento y del gran pacto histórico con el mundo del trabajo, en el sentido más amplio de la palabra trabajo. Pero también, y esto sería en cierto modo hoy lo nuevo, con los objetivos de los movimientos sociales; es decir, que paz, ecología, medio ambiente, feminismo y movimientos ciudadanos, no acrítica, pero sí críticamente incorporados, constituirían el complemento de ese concepto de democracia que es consustancial al socialismo democrático. De alguna manera, en esas fórmulas tajantes que impone la escasez de tiempo, diría que hoy, desde este primer punto de vista, socialismo democrático es igual a socialdemocracia más socialismo libertario, esto es, trabajo en las instituciones y trabajo en la sociedad civil.

La segunda perspectiva haría referencia a la ética y a la cultura del socialismo. Podríamos preguntarnos: ¿ética de convicciones y/o ética de consecuencias? Como las fórmulas tienen que ser cada vez más terminantes a medida que pasa el tiempo concedido para mi intervención, diría que ambas cosas. La base es Weber, pero creo que el debate sobre convicciones y resultados hoy es, en cierto modo, un poco inútil: no se puede prescindir ni de unas ni de otros, ni de los principios ni de las consecuencias reales de ellos. A esto añadiría que la ética del socialismo se apoya, y sigue apoyándose con nuevos contenidos, en aquellos tres valores clásicos de la Revolución Francesa, que son: libertad, igualdad y solidaridad, aunque también fraternidad sería suficiente. La libertad no es sólo libertad positiva —autodeterminación— o sólo libertad negativa —zona en la que el Estado u otra persona no puede entrar—, sino las dos cosas a la vez, y además liberación —condiciones económicas para que esa libertad sea posible—. La igualdad no debe reducirse a igualitarismo ramplón e inhibidor de todas las iniciativas, de las inteligencias y de las imaginaciones. El igualitarismo es proporcionalidad justa y, por supuesto, debe convivir con el derecho a la diferencia. La solidaridad nos distingue claramente de otras éticas menos solidarias. La sensibilidad por la solidaridad, y también por la igualdad y la libertad, puesto que todo va imbricado, es lo que nos diferencia de las ideologías de la derecha. La solidaridad implica cooperación y trabajo en común, frente a la idea de la competitividad y el sálvese quien pueda, que al que no puede ya se le buscará una pensión si es posible y, si no, ya veremos cómo se las arregla. La ética socialista es diferente, es la ética de la colaboración.

La ética y la cultura de izquierda tiene, además de estos valores, otras connotaciones que no tengo tiempo sino de insinuar. Se trata de una cultura que, por mucho que hoy se hable de hedonismo y de la necesidad de no aburrir —y está bien que esto se incorpore a la cultura de izquierda y que ésta no sea ni aburrida ni plúmbea—, se vincula al trabajo y sabe que los valores e intereses que están en juego son serios. Digo esto porque hay el riesgo de que aquella

conjunción con los movimientos sociales o con los movimientos libertarios, e incluso, por qué no decirlo, a causa de la gran atracción que tiene hoy la juvenilización de la vida, nos incite a ponernos excesivamente *lights* y hasta irresponsablemente alegres; pero cuando se trata del hambre, del paro y de la guerra hay que tener mucho cuidado con un fácil e individualista hedonismo, que además sólo es posible para algunos privilegiados económicamente. Resaltaría también que en estas señas de identidad hay un nuevo concepto de relación con la historia y con el tiempo. No hay que petrificar ninguna posición del pasado, ni aún la del mismísimo Marx, pero tampoco hay que mantener esa actitud respecto al futuro. Aunque el socialismo sea una ética seria y se esté dispuesto a aceptar sacrificios pensando en que detrás vienen nuestros hijos, que nadie nos invoque el bien y las delicias del futuro, exigiéndonos lo que no se puede exigir, renunciando de derechos humanos y libertades, como hacían los viejos mesianismos.

Otra seña de identidad que resaltaría es que todo lo que digamos, sin caer con ello en cientifismos o en tecnocratismos, estemos dispuestos a confrontarlo con la ciencia. No tengo tiempo para extenderme más sobre ello, sólo lo enuncio: para mí, la filosofía, la ética y la cultura del socialismo deriva de la mejor Ilustración, de la de Kant, de aquella que no tiene que ser contraria a la posmodernidad. En las Críticas de Kant, y tampoco hay por qué quedarse ahí, ya hay suficientes reservas frente a la razón ingenua o a la razón acrítica: sobre ello podríamos recordar que Hume despertó a Kant de un (¿posible en él?) sueño democrático.

Como soy profesor de filosofía, y no de economía, se podría justificar que mi exposición acabase aquí, pero no quiero olvidar que todo esto, esa política, esa ética y esa cultura tiene que realizarse en un determinado contexto social y debe tener también un contenido de carácter económico. No soy especialista en economía, pero me atrevería a decir que, en cuanto a las connotaciones económicas reales, hay que saber que, aunque hablemos de procesos históricos, la cantidad se transforma en calidad y que, por mucho que sea relativista, capitalismo no es lo mismo que socialismo. Se puede admitir todo lo que se señala hoy sobre las existencias de las economías mixtas, pero hay en el marco de ellas importantes diferencias que vienen dadas fundamentalmente por quién tiene el control predominante o hegemónico de los procesos de acumulación de los excedentes, de las inversiones y, en general, de la economía. Si hay un predominio del control privado de los excedentes, de las inversiones o de la acumulación, se puede decir que estamos en presencia de un proceso al que, hasta ese momento, cabe ponérsele el rótulo de modo de producción capitalista. En cambio, si el control de la economía y las decisiones sobre las inversiones, los gastos y los excedentes están en algún tipo de zona donde el control es democrático —no colectivista ni estatalista, sino democrático—, es

posible que quizás, a partir de ahí, podamos empezar a hablar de socialismo democrático.

Ramón Vargas Machuca

Pero, como decía, todo esto se da en un proceso abierto e inacabable, en un proceso histórico. Aunque estemos en el mundo del capitalismo, con que se pueda empezar a avanzar en la línea de estas señas de identidad que acabo de referir, yo realmente me conformaría. El socialismo es difícil. La política es el «arte de lo posible», pero la ética —la ética socialista— propugna, siempre ha propugnado, «hacer posible lo necesario».

Ramón VARGAS MACHUCA

Nuestras intervenciones, se quiera o no, son una obertura a lo que tiene más entidad, el debate posterior. Por tanto, una intervención en tan poco tiempo sobre un tema tan pretencioso como éste no puede ir más allá de unas pinceladas imprecisas. Pero debo advertir que me preocupa que un debate sobre las señas de identidad pueda resultar para algunos una discusión angelical o un entretenimiento, porque realmente quien está interesado hoy por el socialismo está angustiado por un conjunto de problemas que tienen mucho que ver con las señas de identidad, aunque no se verbalice de esta manera.

En la demanda de identificación de las señas de identidad del socialismo se suelen plantear dos preguntas: la primera, si en realidad el socialismo tiene en la actualidad algún proyecto; y la segunda pregunta es que, si lo tiene, para qué lo quiere o qué hace con él. No saber responder a una u otra pregunta es hoy la razón del desconcierto de muchos socialistas en el mundo y en España. Al desconcierto se lo suele combatir no reconociendo su existencia y refugiándose en el fundamentalismo de los principios; pero también, y éste es de los signos más alarmantes de la conciencia de los socialistas hoy, pasando del desconcierto y aferrándose a la actitud tecnocrática. A estos últimos no les importa que estemos o no desconcertados en relación con nuestras señas de identidad —no es su problema— y mantienen una actitud cuyo reflejo político-moral es el pragmatismo a ultranza. Pues bien, tanto el que se refugia en el fundamentalismo de los principios o el que, con un cierto escepticismo moral, se refugia en la tecnocracia, representan hoy unas formas muy actuales de intolerancia.

Sin embargo, si alguna credibilidad tiene lo que estamos haciendo hoy en este debate, es justamente porque no compartimos ninguna de esas dos actitudes, sino que intentamos enfrentarnos al desconcierto, primero reconociéndolo y, segundo, no resignándonos a vivir con él. Vivir en el desconcierto y no luchar contra él sería tirar la toalla y, en definitiva, la muerte del socialismo como

pensamiento. Por tanto, lo primero es reconocer a fondo el desconcierto y eso significa, entre otras cosas, hacer un ajuste de cuentas con la tradición más influyente del socialismo, detectando aquellos contenidos teóricos que hoy, más que un aliciente o una apertura de perspectiva, son una rémora. Y, por lo segundo, reconocer las insuficiencias de la teoría frente a la realidad, porque si miramos con cierto sentido autocrítico lo que ha sido la tradición teórica del socialismo en relación con sus realizaciones prácticas, podremos decir que las prácticas han ido por un lado y las teorías por otro o, con otras palabras, que las teorías o han sido un estorbo o, en el peor de los casos, una mistificación o encubrimiento de la realidad.

Al reconocer el desconcierto nos encontramos con una tradición política que ha sido fundamental en la definición de la cultura del socialismo: el marxismo. Hay quien dice que si algunos damos un tratamiento privilegiado al marxismo es por razones puramente biográficas, pero el marxismo adquiere esta posición por otros motivos. El socialismo no es sólo una versión de la crítica social que genera la Ilustración, como pudo ser la izquierda hegeliana, sino que es crítica y también proyecto. El socialismo es expectativa de transformación e instrumento o procedimiento para aliviar los males que la crítica social subraya. Digo, por tanto, que además de ser crítica y proyecto, el socialismo es un movimiento y una tradición política. El marxismo ha sido un refinamiento y optimización de las pretensiones del socialismo y de su formulación como pensamiento, como política y como utopía. Lo que más ha seducido a la tradición socialista del marxismo es que éste consiguió combinar de una manera atractiva y con gran apariencia de racionalidad y realismo la crítica social y las ansias de transformación social. En definitiva, la incorporación de la tradición marxista al socialismo hacía más solventes las propuestas socialistas para materializar los impulsos éticos.

Pues bien, en relación con el marxismo, hoy hay que decir que el paradigma es anacrónico y caduco. Aunque esta afirmación sea polémica, para mí resulta evidente. Ni las teorías marxistas son ya solventes, ni sus pronósticos se cumplieron, ni sus programas terminaron interesando a las grandes masas. El valor del marxismo hoy es el mismo que el de cualquier otra doctrina clásica, a Marx hay que mirarlo con la misma consideración y respeto que un científico mira a Newton, esto es, no hay manera de avanzar sin tenerlo en cuenta, pero no se avanza si sólo se le tiene en cuenta a él.

Pero el socialismo no debe realizar sólo un ajuste de cuentas con el marxismo, sino que también debe revisar algunos planteamientos que han quedado anclados en la cultura de la izquierda. En primer lugar, con realizaciones prácticas equívocas, porque, en su

caso, son una perversión —como es el sistema soviético u otros análogos— o, en otros, son insuficientes o no son congruentes con el credo socialista. En cualquier caso, lo que es destacable es que la práctica socialista no ha tenido una relación congruente con la teoría. Desde Bernstein a Gramsci se camina sin una teoría económica o política acorde con lo que se produce culturalmente en el entorno ajeno a la tradición marxista. Y, en segundo lugar, la izquierda se ha quedado anclada en lo peor de la herencia marxista, en una epistemología autoritaria y dogmatismo moral. Lo peor de la herencia marxista es esa idea de que la izquierda tiene una especie de privilegio en virtud del cual nuestras conjeturas y proposiciones tienen una consideración especial y un plus de legitimidad moral, un destino, un sujeto y la determinación de que éste es el tiempo de la realización, una conciencia crítica orgánica privilegiada. Es obvio que esta herencia no se debe mantener. Pero hay otra izquierda que se encuentra, de alguna manera, desnuda y demuestra su desnudez como perplejidad. Esta izquierda siempre se escandaliza del resultado de la acción de otro y en ningún caso manifiesta una disposición a actuar. El caso más frecuente es el de aquellas personas que, ante esta desnudez, intentan mantener como ideología lo que hoy en día son obviedades o lugares comunes de nuestra cultura y sienten satisfechas su inquietud o su malestar simplemente transitando por la discusión de la filosofía política en torno al destino de la Ilustración. De nuevo el viejo consuelo académico cubre las insuficiencias prácticas del socialismo como pensamiento.

Para muchos, es un supuesto necesario que una posible reconstrucción del socialismo como pensamiento arranque de su capacidad de conectar con la discusión actual sobre el porvenir de la Ilustración y sus valores. En esa discusión, en la que no tengo tiempo de entrar, se establece una división. Por un lado, están los partidarios de acabar con el legado de la Ilustración y con cualquier posibilidad de valores morales universales de libertad, igualdad y fraternidad y que, por tanto, se refugian en un pragmatismo intelectual y en un relativismo moral. Por otro están los que, ante las dificultades de la Ilustración, intentan idealizar su legado —este sería el caso, por ejemplo de Habermas—. Tanto en unos como en otros, pero sobre todo en los segundos, nos encontramos con la afirmación de que la democracia es la expresión y el ideal político moral que puede realizar esos valores o un procedimiento adecuado para organizar la convivencia. Pero aceptar como memoria ética del socialismo esta referencia, que hoy en día es un legado de la humanidad, me parece necesario pero no suficiente. Sin duda ninguna, cuando nos vemos rodeados de civilizaciones que combaten la libertad de expresión financiando ejecuciones, hay que estar convencido de que lo mejor que Occidente puede legar a la humanidad es el universalismo moral de sus valores, pero no es suficiente.

Quizás sea más interesante una línea de reconstrucción que parta de la idea de que lo fundamental de nuestra tradición política es la lucha contra las desigualdades. Y, si nos fijamos, lo que hoy enarbolamos como la bandera del socialismo no son sus teorías, sino aquello que nos parecen sus realizaciones prácticas más plausibles. Por tanto, más que darle vueltas a cuál es el ideal de la justicia perfecta, creo que lo que tenemos que ensayar son técnicas y programas concretos que nos sirvan para ir acabando con desigualdades concretas. La profundización de la democracia es la expresión del ideal socialista, pero ese ideal tiene realizaciones en la historia y en las tradiciones políticas. La concreción histórica del ideal socialista de profundización de la democracia y de su eterna lucha por eliminar desigualdades se expresa fundamentalmente en el Estado social, democrático y de derecho. Pues bien, en vez de situarse en el plano idílico, lo que podríamos hacer es situarnos en esa dialéctica interna de optimización de los mecanismos concretos de la democracia representativa. Cuando el socialismo se ha situado en la tradición de potenciar la democracia representativa y ha optimizado sus mecanismos y resortes, ha sido cuando ha conseguido más igualdad, más pluralismo, organizaciones intermedias, división de poderes y disminución de los niveles de miseria.

Situarse en una perspectiva tan concreta es situarse de un modo parecido a como hace la ciencia en relación a las grandes teorías metafísicas. Los científicos no avanzan discutiendo qué es la verdad, sino ensayando con conjeturas y con prácticas concretas la realización de esa verdad. De la misma manera, nosotros debemos ir optimizando los mecanismos de la democracia representativa, descubriendo sus insuficiencias y favoreciendo el perfeccionamiento de esos mecanismos y, sobre todo, combatiendo el más perverso mal de la izquierda: el verbalismo como cultura. Situarse en esa perspectiva representa una voluntad de maximizar los resultados igualitarios de la democracia representativa que es algo bastante más subversivo que situarse en la idílica apelación a los valores. Hoy es posible encontrar solución, discernimiento y programas concretos apelando a la optimización real de la democracia que consagra nuestra Constitución. Si optimizamos el Parlamento, si optimizamos el funcionamiento de los partidos políticos, abandonando las tentaciones del clientelismo, oligarquización, patrimonialización o privatización —y esto también vale para los sindicatos—, si aceptamos las ideas de que el desarrollo de la democracia representativa lleva en su seno el logro de más libertad e igualdad, en ese caso estamos encontrando soluciones concretas a los problemas del socialismo.

El socialismo tiene así identidad, una identidad más concreta, más discreta y menos pretenciosa en su retórica, pero más subversiva si estamos comprometidos a aplicarla en la realidad. Con esta

identidad más discreta ya no tenemos ninguna coartada para no ser moralmente políticos. Si entendemos el socialismo como la optimización de la práctica de la democracia, nadie se puede escapar por la tangente. La identidad del socialismo se irá enriqueciendo en la medida en que nuestra práctica sea más congruente con lo que significa la democracia: control de trabajo y reparto de poder. Hoy hay disidentes, hay perplejos y los activos estamos poco activos, pero tenemos razones para aumentar nuestra actividad. Yo no creo, como Bloch, que la razón no pueda prosperar sin esperanza; sin embargo, tampoco creo que después de tantos fracasos y desilusiones la esperanza pueda avanzar sin razón. Y la razón del socialismo no debe buscarse en un mundo idílico, sino en la optimización de la práctica democrática.

Antonio SANTESMASES

La primera afirmación de mi intervención es polémica con lo que acaba de decir Ramón Vargas Machuca: la valoración de la relación marxismo-socialismo en los años 70 y 80, no sólo respecto al caso español, sino en general al caso europeo, es que el marxismo va bien y, en cambio, el socialismo va mal. Esta afirmación no es muy original y ya la han hecho determinados filósofos, entre otros, algún filósofo catalán antes de fallecer, como Manuel Sacristán, y algunos filósofos extranjeros como, por ejemplo, Perry Anderson. Si interpretamos el marxismo en tres dimensiones: como metodología que intenta analizar la realidad social, como crítica teleológica de una determinada sociedad y como práctica política, entonces lo que va mal es lo tercero, mientras que ha habido aportaciones muy importantes del pensamiento marxista en los años 70 y 80 en los dos primeros elementos. En especial, el marxismo ha desarrollado como crítica teleológica de la realidad social importantes estudios que permiten escapar a la dicotomía, expresada anteriormente por Elías Díaz, entre el puro planteamiento relativista —el todo vale— y el puro planteamiento esencialista —como cuando Engels tenía, más o menos, perfectamente delimitadas sus señas de identidad.

Si queremos imaginar lo que pueden ser los años 90 tenemos que pensar primero en los años 70, al menos por una razón: porque es el momento en que la izquierda europea hace el esfuerzo ideológico más amplio para elaborar unas nuevas señas de identidad del socialismo. Es justamente en los años 70 cuando en la zona en que nosotros nos movemos, en el Sur de Europa, se produce la caída de las dictaduras de Grecia, Portugal y España y, además, la revitalización del Partido Socialista Francés. Y ¿cuáles son las señas de identidad de los años 70?

En primer lugar, hay una revalorización de la democracia repre-

sentativa o parlamentaria. En este punto podemos recordar los trabajos de Norberto Bobbio en los años 70 respecto a si hay o no una alternativa a la democracia representativa, o si el socialismo es posible en aquellos países que no cuentan con este tipo de democracia, o la reflexión que hace la izquierda europea, sobre todo la italiana, después del golpe de Estado contra Allende en Chile. También podemos recordar los trabajos marxistas, especialmente de Poulantzas, que muestran la eficacia de la democracia representativa, recordando los textos de Rosa Luxemburgo sobre la Revolución Rusa, que es muy difícil hablar de democracia de los trabajadores y de los productores sin que haya democracia representativa. El segundo elemento es la revalorización del papel de las mayorías. En esto es de nuevo la tradición marxista la que da la clave a través del testamento del último Engels, donde intenta pensar en una vía democrática al socialismo que permita contar con el apoyo y el consenso de la mayoría de la población —es lo que se llama la revolución de la mayoría—.

Pero donde está la diferencia con experiencias anteriores es en el modelo que se propone. Este modelo es distinto del denominado socialismo real y también de la socialdemocracia. Yo soy de los que piensan que no se puede decir, de ninguna manera, que el socialismo democrático, o por lo menos el socialismo de izquierda, es equivalente a la socialdemocracia. Y, efectivamente, el modelo que se propone intenta superar el viejo dilema reforma-revolución, por eso en aquella época se habla de reformismo revolucionario o de reformismo fuerte. Este reformismo revolucionario trata de encontrar un modelo de sociedad que no caiga ni en la dictadura del partido ni en lo que se denominaba entonces la hegemonía del capitalismo de las multinacionales. Y, como aquí hay que ser esquemático, estas señas de identidad se cifran en determinados verbos: romper con la lógica del capitalismo y quebrar la política de bloques militares. Estas son las señas de identidad del socialismo español cuando reaparece en el año 76 y son las señas de identidad del socialismo francés justo antes de acceder al poder en el año 81, y para comprobarlo basta con leer los textos de Mitterrand de aquella época.

La experiencia de los años 80 es trágica desde el punto de vista del reformismo fuerte o del reformismo revolucionario. Por eso decía que el socialismo va mal. En este sentido, quizás la experiencia más importante es la francesa, porque parte de una situación de democracia conservadora. Lo que nos encontramos allí es fundamentalmente, y lo recordaba hace poco José Borrell al hablar del problema de la política económica, una situación donde el Estado nacional aparece como excesivamente pequeño frente a grandes determinaciones económicas y militares, frente al gran poder de los bloques militares. A partir de la constatación de la pequeñez del Estado nacional frente a estas grandes determina-

ciones, se produce una conversión de nuestros compañeros franceses, que en ese momento eran la punta de lanza de un nuevo socialismo, al realismo económico y a la disuasión nuclear. Recuerdo, como anécdota, que cuando Mitterrand llegó al poder yo vivía en Barcelona, y dirigiéndome a una fiesta del PSC comentaba con Salvador Clotas la victoria de Mitterrand y un texto de Günter Grass que decía: «veremos dónde llegan los socialistas franceses, que tanto nos han criticado a los reformistas socialdemócratas, y si logran ir más allá de la socialdemocracia o se quedan más acá». Hoy, trágicamente, tenemos que reconocer que el socialismo francés, con su descubrimiento de la magia del mercado y con la defensa de la disuasión nuclear, no ha ido más allá de la socialdemocracia centroeuropea, sino que se ha quedado más acá de ese tipo de planteamiento.

Esto, unido al avance del neoconservadurismo de los años 80, especialmente a partir de la experiencia del capitalismo popular, que ha estudiado entre otros Raimon Obiols, plantea la tragedia que se vive en los años 80. Si sólo se puede elegir entre el capitalismo popular y la socialdemocracia, hay mucha gente que redescubre el Estado de bienestar como único modelo posible de socialismo, porque, se dice, al menos este tipo de Estado ha permitido alcanzar una serie de conquistas a los trabajadores —pleno empleo, igualdad de oportunidades...— y eso, de alguna manera, ya es socialismo. Esta perspectiva es un error, sobre todo si queremos pensar de cara al año 2000 y no sólo en la política inmediata. Alguien me podría contestar desde la sala que ¡ojalá nosotros alcanzásemos estas cotas de Estado de bienestar en España! Pero, en ese caso, yo le contestaría que, si estamos hablando de las señas de identidad de cara a la próxima década, este planteamiento es muy limitado. El Estado de bienestar de estos países europeos parte de un determinado modelo y un determinado paradigma, y por eso el socialismo del Sur de Europa y el reformismo fuerte quería ir más lejos. Para decirlo en el lenguaje de Claus Offe, un autor que nos gusta mucho, en ese paradigma hay determinados actores y determinados procedimientos. Los contenidos fundamentales en los que se basa ese modelo son el crecimiento económico y la seguridad, tanto social como militar. Los actores son actores muy institucionalizados como, por ejemplo, los sindicatos, los empresarios o los partidos que compiten en la democracia. Y los procedimientos son, o bien la concertación social entre sindicatos y empresarios, o bien la regla de la mayoría para resolver la competencia política.

Pero, ¿cuál es el problema? ¿por qué frente a este viejo paradigma surgen en esos países lo que Claus Offe ha denominado un nuevo paradigma? Porque, fundamentalmente, hay una serie de valores que, cada vez más, van quedando fuera de la competencia política. Los partidos que compiten dentro de este tipo de demo-

cracia y apoyan ese tipo de Estado de bienestar excluyen una serie de contenidos emancipadores sobre el propio modo de producir. Se puede discutir sobre la distribución de la renta, se puede discutir hasta dónde llega el nivel de imposición fiscal o cuál debe ser el nivel de gastos sociales, pero sobre lo que acaba de señalar Elías Díaz, sobre la lógica de acumulación privada, hay un tipo de consenso básico que impide entrar en la discusión y, por tanto, la acumulación de capital queda en manos del empresario privado. Pero éste no es el único problema. También hay una serie de valores como, por ejemplo, los que remiten al problema de la identidad que quedan excluidos de la batalla política. Aunque aquí hay que ser esquemático, podemos señalar que estas son las razones por las que los Verdes surgen en Alemania. En diciembre de 1979, en respuesta al SPD, cuando éste apoya la doble decisión de la OTAN y apoya el despliegue de los euromisiles, aparece un nuevo movimiento que rechaza esta política nuclear y esta política económica, que ha conducido al deterioro del equilibrio medioambiental y a la escalada de la carrera de armamentos.

Aquí es donde se plantea, desde mi punto de vista, la primera gran interrogante para el socialismo de los años 90. Con la experiencia del socialismo francés descubrimos que el Estado es demasiado pequeño para hacer frente a los grandes poderes militares y económicos y, por tanto, que se necesita un poder público más fuerte que una a los distintos países europeos. Por eso decimos que el socialismo no es posible si no es a nivel europeo. Pero, por otro lado, con los nuevos movimientos sociales descubrimos que ese Estado, que es demasiado pequeño en algunos aspectos, es demasiado grande de cara a las reivindicaciones de la vida cotidiana. Esto se ha revelado con la crítica de los nuevos movimientos sociales al nivel de burocratización al que ha llevado la actividad política, con su crítica al funcionamiento de los sistemas parlamentarios y su crítica al tipo de competencia entre élites sustantivas, sino que es un procedimiento para elegir quién nos tiene que gobernar o, dicho con el lenguaje de Schumpeter, no es el gobierno de un pueblo, sino el gobierno del político. Y, frente a ello, proponen una democracia más inmediata donde los ciudadanos puedan participar más directamente. Por tanto, la experiencia que tenemos es paradójica: necesitamos intervenir en espacios mucho más amplios, cuando, a su vez, se reclama una intervención mucho más específica, concreta y puntual. En este sentido, las señas de identidad del socialismo deben establecerse por dos caminos diferentes: por un lado, por estructuras que superen el Estado nacional y, por otro, por movimientos sociales mucho más puntuales, concretos y específicos, que rompan la identidad tradicional.

La segunda pregunta que nos podríamos hacer es: ¿quién es el sujeto de esa identidad emancipatoria? Reconozco que aquí hay un problema grave para un marxista y es el comportamiento de los

distintos sectores o clases sociales en estos países europeos. Este importantísimo problema es lo que, con exageración, determinados sociólogos han llamado el conservadurismo de la clase obrera y el radicalismo de la clase media. Esta interpretación es exagerada, pero, en cualquier caso, quiere decir que, dentro de esos movimientos sociales que combaten la carrera de armamentos, que son solidarios con el Tercer Mundo, que atacan el secreto militar, hay muchos sectores de la clase media que han nacido de la propia evolución del Estado de bienestar: mientras que hay sectores de la clase obrera que han quedado mucho más integrados en el viejo paradigma, en las tácticas, en los procedimientos, en la negociación, en la concertación social y no cuestionan el modo de producción, el militarismo internacional o las consecuencias ecológicas del actual modelo de crecimiento económico. Por tanto, si la primera cuestión del problema de las señas de identidad nos remite a si son movimientos puntuales o espacios más amplios, el segundo nos remite al problema de si el sujeto son minorías conscientes de una determinada clase, la clase media, o si es el viejo movimiento obrero, que en muchos de estos países se ha quedado extraordinariamente integrado en esas estructuras de Estado de bienestar.

En tercer lugar, debemos preguntarnos por el contenido. El contenido plantea la interrogante de si se trata simplemente de ampliar el repertorio y sumar a los que defienden el realismo económico y la seguridad con los que defienden la paz y el medio ambiente o si, por el contrario, el problema es que se va profundizando la zanja entre la nueva y la vieja izquierda, entre un socialismo defensor del realismo económico y la disuasión nuclear —y que, en ese sentido, va mal— y una nueva izquierda que cuestiona ese tipo de modelo civilizatorio. Respecto a este punto hay experiencias de todo tipo. Hay momentos en que existe la posibilidad de que el viejo y el nuevo paradigma se unan, de que el viejo movimiento obrero y los nuevos movimientos sociales se apoyen. Por ejemplo, ha sido una experiencia interesante la campaña por el desarme nuclear en Gran Bretaña, donde la izquierda laborista ha hecho un trabajo muy importante. Pero, por el contrario, también hay momentos en que existe insensibilidad de sectores sindicales con respecto a estos nuevos elementos y, a la vez, incapacidad de sectores de la clase media para captar y comprender las reivindicaciones del viejo movimiento obrero.

Y permitidme acabar haciendo alguna referencia a España. El socialismo español defendía el reformismo fuerte, al menos en el año 1976, antes de que se produjese el trauma del 28 Congreso, del que próximamente celebraremos el décimo aniversario. Sin embargo, en los años 80 el PSOE tiene la tarea de consolidar la democracia, algo que no le ocurre al PSF, y, una vez que se van dando pasos en ese sentido, se va produciendo un proceso de identificación con ese modelo de socialismo realista, neocapitalista yatlan-

tista. Una vez situados en este punto nos podríamos preguntar si lo que hemos visto en otros países europeos es aplicable en el caso español. Yo creo que no, porque mientras que en otros países europeos el movimiento sindical, con todas sus ventajas y límites, ancla ante una integración de la clase trabajadora del tipo que he mencionado, en el caso español los sindicatos juegan un papel muy importante para revitalizar la política. O dicho de otra manera, el actual debate que se produce en España sobre el futuro del movimiento sindical es muy importante para ver, por fin, si en nuestro país aparece un tipo de sindicato ligado a ese paradigma de procedimientos de concertación que no cuestiona el modo de producción o, por el contrario, aparece un tipo de modelo sindical más abierto a otros movimientos sociales como el ecologismo, el pacifismo, etc. Aquí es donde estaría la posibilidad de una cierta recomposición o revitalización de la izquierda en España. Nuestra diferencia con los otros países europeos viene dada, en un momento determinado, por la fragilidad de la democracia y porque la posibilidad de ir más allá que aquel modelo socialdemócrata se selló trágicamente todavía antes con la imposibilidad de que eso fuera así. Sin embargo, en España, a pesar de todo, estamos en una situación muy distinta a la de Alemania y existen mayores posibilidades de revitalizar las viejas identidades de la izquierda.

Raimon OBIOLS

Quisiera comenzar haciendo una aclaración, en relación a la hipotética ingenuidad o el excesivo optimismo de los pronósticos que voy a efectuar en mi intervención, aprovechando una historietita de Bertolt Brecht y su personaje, el Sr. K. Cuando preguntaron al Sr. K qué hacía cuando quería a una persona, éste respondió: «hago un retrato de esta persona y procuro que se le parezca al máximo». Su interlocutor le volvió a interrogar: «¿procura usted que el retrato se parezca a la persona?», y el Sr. K respondió: «no, procuro que la persona se parezca al retrato». Pongan ustedes el socialismo en los próximos años en lugar de la persona y comprenderán cuál es mi actitud. Pero esta actitud no es ingenua, sino que se basa en una percepción real de lo que está sucediendo.

Por supuesto, el mismo título de un coloquio como el que nos reúne hoy —las señas de identidad del socialismo— pone claramente de manifiesto, como señalaba Ramón Vargas Machuca, un cierto síndrome de perplejidad y de desconcierto. Si las cosas estuvieran absolutamente claras desde el punto de vista de las señas de identidad del socialismo, ¿para qué congregarnos a hablar sobre este tema? Efectivamente, todos sabemos que la izquierda, en general, y también el socialismo, han vivido años de cambios muy profundos, de revisión muy drástica del pasado, de retroceso de ilusiones, de disolución de mitos, de evaporación de viejas certe-

zas, y también unos años de interrogación frente a un futuro que se nos acerca impetuosamente con nuevos y viejos problemas, configurando una situación, un tipo de sociedad, drásticamente distinta de aquella sobre la que se fundamentaron las señas de identidad tradicionales del socialismo.

Sin embargo, la cuestión que yo quisiera plantear, en relación a las señas de identidad del socialismo y su devenir histórico en los próximos años, es si podemos o no girar página ya a este período de discusión sobre la izquierda, sus señas de identidad, sus perspectivas y sus futuribles. Mi tesis es que, sobre la base de una visión más amplia y sobre la base de nuevos motivos de confianza, hoy es posible girar página al debate sobre la crisis de la izquierda y sus señas de identidad en Europa e iniciar una nueva etapa de grandes designios, de gran política, donde el socialismo puede jugar un papel extraordinariamente importante. Quiero entrelazar una intervención sobre las señas de identidad del socialismo con esta posibilidad de relanzamiento.

A la hora de interrogarse sobre este tema surge una tríada de lo que ha sido —y es— el conjunto de señas de identidad del socialismo. Primero, y así me excuso por utilizar expresiones que suenan a vieja retórica, una opción a favor de los oprimidos, a favor de los débiles y contra los poderosos. Segundo, un relato, una narrativa, porque lo que ha configurado fundamentalmente las señas de identidad del socialismo en cada coyuntura es un relato explicativo de su esencia, su papel, su futuro y sus proyectos. Y, tercero, unas determinadas formas y actitudes. Por tanto, la tesis de partida de mi intervención es la idea de un posible relanzamiento del socialismo sobre la base de este triple aspecto —opción, relato y actitudes—.

¿Por qué hago un pronóstico relativamente optimista en relación a nuestro futuro? En primer lugar, porque, quizás con un tinte menos espectacular que en otros momentos de la historia de los debates de la cultura política del socialismo y de las grandes confrontaciones entre personalidades, pensadores, dirigentes o corrientes del socialismo —a veces mitificadas posteriormente—, pero de una forma muy sólida y concreta, se ha producido en la última década un proceso acumulativo de relato del socialismo democrático en Europa. Hoy, en relación a lo que son las grandes contradicciones de nuestro mundo contemporáneo, el socialismo democrático tiene tesis y posiciones muy sólidas que defender. No puedo, por una cuestión de tiempo, extenderme sobre esto, pero simplemente de una forma enumerativa se pueden citar algunos aspectos. En relación a lo que es una gran contradicción contemporánea, la relación entre los dos sexos, el socialismo ha construido un relato en base a la crítica de la sociedad patriarcal y al discurso de la igualdad y la diferencia entre hombre y mujer. El socia-

lismo también ha construido un relato en relación al modelo de desarrollo y a la gobernabilidad de la economía de mercado atendiendo a límites éticos y ecológicos. Se ha desarrollado un relato sobre los temas de autoafirmación de Europa orientado a su unidad social, económica y política y a su papel en el mundo. Y, por acabar, el socialismo ha desarrollado lo que es la esencia del viejo relato socialista, el socialismo entendido como cultura de autogobierno o, si se quiere, para utilizar una expresión más usual, el socialismo entendido como profundización de la democracia.

El segundo factor que coadyuva a este pronóstico relativamente optimista de reactivación del análisis son las nuevas perspectivas abiertas en el terreno internacional. Desde luego, no se trata de dar por terminadas las dificultades del socialismo, sino de comprender que los escenarios han cambiado. Hay un proceso de elaboración que ha acumulado posiciones, que ha construido un relato y, en consecuencia, se abren nuevas posibilidades, nuevas tendencias y nuevos retos para el socialismo. Parece claro que en el mundo estamos frente a una nueva era de grandes designios, pero también está fuera de discusión que nos movemos en una situación a caballo entre dramáticos riesgos globales y posibles respuestas comunes de índole progresista orientadas a construir un mundo más unido, más capaz de salvarse a sí mismo y de progresar. Esto ha sucedido en los últimos pocos años, en particular en el período 1985-1988, desde la designación de Gorbachov como Secretario General del PCUS hasta la conclusión de la presidencia Reagan y el cambio de relaciones entre EEUU y la URSS y, como consecuencia, de la dinámica global de las relaciones internacionales. En estos últimos años también hemos vivido, muy contradictoriamente pero a la vez irreversiblemente, un proceso hacia la integración económica y política comunitaria en Europa y su participación en la búsqueda de acuerdos de desarme y de paz, y en la construcción de un sistema de cooperación internacional multiforme que haga frente de una forma activa a los problemas de la relación Norte-Sur. En Europa, que es en definitiva la cuna y raíz básica del socialismo, estamos frente al reto de dar una impronta peculiar al proceso de modernización tumultuosa que conocen nuestras sociedades, y de tratar de construir una Europa unida portadora de experiencias y valores propios para sí y como protagonista de la vida internacional.

Este reto se plantea, y este sería un tercer factor que favorece el optimismo, en un momento de declive de la intensa ofensiva neoconservadora que ha conocido Occidente en los últimos 15 años. Ahora bien, el socialismo y sus señas de identidad, para estar a la altura de los retos de los próximos años, debe renovarse aún más, debe abrirse más allá de sus viejos límites y, desde luego, insisto, ésta no es una perspectiva de optimismo fácil, sino que es conse-

cuencia de que nuevas exigencias y nuevas ideas han madurado en el plano político en el campo socialista.

Las dificultades son muy grandes. Antonio Santesmases ha citado a Clauss Offe y éste es autor de una expresión que me parece extremadamente gráfica y pedagógica para entender una de las dificultades más importantes de nuestra sociedad actual, y también en el campo del desarrollo de nuestras señas de identidad. Clauss Offe dice que vivimos en una sociedad de vapor y de hielo, una sociedad en la que contrasta la efervescencia y evanescencia de las modas, de las ideas y de las informaciones, con el hielo de las rígidas estructuras de todo tipo muy difíciles de modificar de forma consciente. Y, en este campo, los elementos mediáticos o de la comunicación son absolutamente fundamentales. Tenía razón Luis Buñuel cuando decía en las memorias que dictó a sus guionistas que uno de los males más perniciosos de nuestra sociedad era la acumulación ingente de información. Tenía razón; estamos sin duda en una sociedad que ha cambiado tan drásticamente en el campo de la información que se hace difícil desarrollar en un mundo mediático, en un mundo de grandes industrias culturales, lo que es fundamental para nosotros: el engarce entre cultura y política. Aquí hay un grave problema para el desarrollo y mantenimiento de las señas de identidad del socialismo y de la izquierda en general. Por poner un ejemplo, la huida de Luis XVI y María Antonieta de Varennes tardó siete días en ser conocida en los confines de Francia; hoy, sin embargo, un asalto a un cuartel en Argentina lo conocemos al cabo de pocos minutos o de pocas horas de que se haya producido. Hay una acumulación, una sobredosis de información, y esto tiene, lógicamente, una faceta positiva y otra negativa. La faceta positiva es, desde luego, el enorme factor de conciencia y de toma de posición que puede significar la percepción inmediata de la información. Buenos ejemplos de esto son el fracaso del intento de los coroneles en Argelia como consecuencia de que en los cuarteles había transistores, o el proceso de erosión y cambio en la opinión pública norteamericana con el impacto constante de las escenas de la guerra de Vietnam. Pero también hay un factor enormemente preocupante desde el punto de vista de la identidad de la izquierda y es la sensibilidad de la capacidad de reacción. Este es el hecho que comenta Alain Finkielkraut en su último libro cuando dice que hoy es posible ver el proceso de un nazi, Klaus Barbie, tomándose un whisky y comiendo cacahuètes en el salón y la butaca de su casa. Esto es un cambio civilizatorio cuya magnitud creo que se nos escapa enormemente.

En todo caso, frente a este panorama de enorme reto, el terreno crucial de relanzamiento de las señas de identidad de la política del socialismo se haya, sin duda, en nuestro país, en Europa y en el mundo en la zona de engarce, de comunicación, entre cultura y política. Zona de engarce que a menudo está demasiado obturada

por la debilidad de la cultura política frente a la sociedad mediática, por la debilidad de la filosofía política frente a la superposición y al visto y no visto de las modas, y por las demasiado frecuentes miserias y la demasiado frecuente sordera de los agentes de la política frente a la cultura. Si analizamos lo que ha sucedido en España en estos últimos meses aparece con nitidez, paulatina pero clara e irreversiblemente, la dimensión subjetiva y cultural de los nuevos tiempos, de la toma de posiciones, de las actitudes y, como consecuencia, su repercusión en el campo de la vida social y política. Esto plantea la necesidad ineludible de valorizar e intensificar esta relación entre cultura y política como reto esencial para nosotros en estos momentos. Sobre la base de lo acumulado, se impone una referencia fuerte, no retórica, al alcance de las novedades que han madurado a escala mundial y una asunción de responsabilidades en términos de grandes opciones, de grandes ideas. Aquí hay que recordar la frase, creo que de Keynes, que dice que, frente al pragmatismo demasiado a menudo imperante, no hay nada más práctico que una buena idea. En ese sentido, hay que hacer un esfuerzo de engarce cultura-política como única respuesta eficaz a los fenómenos de alejamiento del ciudadano frente a la política, para romper escepticismos, pasividades, particularismo y para movilizar nuevas energías. Ahí hay un esfuerzo de credibilidad, de autenticidad, de coherencia, de auténtica ambición, que creo que los socialistas debemos plantearnos.

Y quisiera, al hilo de esta reflexión, hacer una referencia a la situación española. Hace unos meses leí en *El País* una encuesta sobre los valores de la sociedad española que considero extraordinariamente importante. Interrogados los ciudadanos sobre cuáles eran sus valores, aparecía nítidamente una sociedad decantada mayoritariamente hacia los valores de solidaridad, igualdad y libertad, las señas de identidad, en cuanto a valores, del socialismo. Pero interrogados estos mismos ciudadanos sobre cuáles creían que eran los valores imperantes en la sociedad o, para decirlo más llanamente, cuáles dirían ellos eran los valores del vecino, aparecía el estereotipo de la sociedad sin piedad, del capitalismo salvaje, de la competencia feroz, de la insolidaridad total. Esta enorme contradicción entre lo que se siente en profundidad y lo que es la percepción dominante de la sociedad es una de las contradicciones culturales y políticas donde deberíamos trabajar en profundidad para conseguir realmente un relanzamiento de las señas de identidad del socialismo.

Con esto entremos en lo que ha sido, sin duda, una de las señas de identidad del socialismo en el pasado, es en el presente y, sobre todo, deberá ser en el futuro: el tema de las formas, de los métodos, de la sensibilidad para conseguir que un relato, una determinada narrativa, un determinado proyecto, pueda tener una capacidad de articulación cultural, de engarce, con los sectores plurales que se

expresan en esa encuesta de *El País* —y que creo corresponden a la realidad española—, sobre la base de una referencia a los valores propios del socialismo, de la izquierda, a los valores de solidaridad, de libertad, de igualdad, de progreso. No quisiera insistir mucho sobre esto, pero me parece una cuestión importante sobre la que hay que hablar. Mi impresión es que esta contradicción entre lo que siente realmente la gente, a lo que aspira idealmente y lo que aparece como dominante es un fenómeno tan abrumador que, sin duda, el socialismo español ha tendido a sentirse atrapado por el modelo imperante, el modelo de prestigio social, de relaciones sociales, lo que hace unos años hubiéramos denominado los valores burgueses. Este modelo se presenta tan abrumador como un dragón furioso. Algunos de los que afirman haber luchado contra él han acabado arrojándose en sus brazos, echándole comida, fotografiándose con él y poniendo la foto en la mesita de noche.

Pues bien, frente a ello hay que decir muy nítidamente a los políticos de la izquierda que se incorporan a las formas de vida de alta sociedad, a esa quintaesencia simbólica, que están tergiversando los papeles y originando una gran confusión. En lugar de ser representantes de los acreedores del sistema, pueden convertirse en copartícipes y protagonistas de los aspectos más horrosos de este sistema, pueden convertirse en pobres mutilados por el dinero y el mal gusto. Y así pasan a ser deudores. Y, en este sentido, hay que advertirles que no deben sorprenderse si se les pasa factura, y también hay que hacerles la advertencia que en una situación extrema, si los acreedores sienten que se han quedado sin representación genuina y ven a sus representantes situados como una especie de parapeto reconstruido por un sistema de injusticia que quiere esquivar sus deudas, entonces la posibilidad de una política reformista de la izquierda de gobierno desaparece, y sólo queda espacio para el cinismo y el desorden. Hay que ser drásticos en este terreno si realmente queremos ser eficaces en los demás, es decir, en el terreno del relato, de la propuesta.

En cualquier caso, este segundo aspecto es muchísimo más importante que el aspecto de las formas y de las actitudes, y por eso me gustaría acabar refiriéndome a él. Decía al inicio de la intervención que para mí las señas de identidad del socialismo han sido, básicamente, un relato. En estos últimos 10 ó 20 años ha habido en la izquierda occidental, en el socialismo europeo, una reconsideración drástica de este relato, se han abandonado muchos viejos mitos, muchas viejas certezas, se ha entrado irreversiblemente en el mundo de la laicidad —no del relativismo, no del cinismo, pero sí en el mundo del pluralismo y de la laicidad—, abandonando cualquier visión escatológica, cualquier referencia a leyes inescrutables de la Historia, pero el relato sigue siendo absolutamente fundamental. El socialismo en Europa ha recompuesto un relato y el socialismo español también tiene que recomponerlo.

a su vez, en relación a los aspectos concretos de nuestra sociedad. En este sentido, durante la última década el socialismo ha obtenido en España dos cosas muy importantes. En primer lugar, la experiencia de la estabilidad de un espacio político, un gran y sólido partido, en contraste con el espectáculo, bastante insensato en una democracia todavía insegura, de las divisiones y de los estallidos partidistas a derecha e izquierda, catástrofes que entre todos hemos tendido a disimular por lo peligrosas que eran para la evolución del sistema democrático. En segundo lugar, una experiencia de gobierno, probablemente de larga duración, que ha logrado, en un primer estadio, determinados resultados globalmente positivos. Pero ahora, en un contexto de mayores dificultades, no sólo en el terreno de la acción gubernamental, sino también en el de la política dentro de la sociedad, el socialismo español debería ser capaz de obtener un tercer resultado importante: lograr la fuerza, la sutileza y la tenacidad suficientes para proceder a una redefinición de sus planteamientos y a una autoreforma de su proyecto.

Para ello se debe abandonar el soliloquio de la confrontación sistemática con todos o el menosprecio de los demás, hay que abandonar, para utilizar términos ajedrecísticos, el enroque. Esto hace, sin duda, necesaria una revolución cultural del socialismo español, el debate sin inhibiciones y con pluralismo, un clima de tolerancia y de apertura, de libertarismo, de disponibilidad, un área política más diversificada, más compleja, más variada, más rica, un partido que no le diga a la gente «el camino es indiscutiblemente éste», sino que le invite a buscar puntos del camino, un partido que demuestre que en casa de herrero la cuchara no es de palo, que huya de los comportamientos de rutina, de las soluciones convencionales, de las inercias al uso, y que introduzca grados crecientes de responsabilidad, innovación y de iniciativa. Para avanzar en esta línea se necesita acción, pero no basta con la acción política general. Es necesario también el ejercicio concreto, individual y de grupo de los valores que se proclaman. Mientras no exista un ecosistema general, nada impide el establecimiento de microclimas más favorables dentro del Partido y dentro del área socialista en su conjunto, áreas de solidaridad y de innovación en la vida política, en el tejido social, en el sistema productivo, nuevas formas de acción y de relación más a la altura de unos objetivos de progreso, nuevas estructuras que permitan entregar una aportación personal útil, reconfortante y humanamente gratificadora. Hay mucha gente para la que estas características no son detalles sin importancia, y ésta es precisamente la gente que nos interesa.

Ante esta clase de enfoques que proponen abrir más el área socialista y sus organizaciones, se acostumbra a replicar que esto comporta un riesgo de inestabilidad y de pérdida de identidad —volvemos al tema de la identidad—. Creo que ocurre exactamente

lo contrario; la inestabilidad, la deriva, la pérdida de identidad son peligros que aumentan cuando la partida se enroca, porque entonces se pierde el contacto con la realidad y se pierde imaginación, entusiasmo y creatividad. Por el contrario, abrirse permite mantener la conexión esencial alrededor de una identidad precisa, la de una forma progresiva que quiere cambiar la sociedad de una manera gradual, práctica y concreta para ir haciéndola más justa, más igualitaria en sus relaciones y en el *status* de sus diferentes clases, más solidaria hacia los más débiles, más libre, con ciudadanos que se sientan cada vez más liberados de la necesidad, más protegidos en sus derechos individuales y colectivos, más defendidos por las reglas del juego. Este es el objetivo marcado por nuestras señas de identidad y que, en cuanto rascamos un poco, el hombre de la calle nos muestra. La encuesta que he comentado me parece inapreciable en este sentido.

Lo que sucede en este país es que estamos viviendo un equívoco que ocurre en silencio. Lo que caracteriza más profundamente a nuestra sociedad y a nuestra época es la tremenda distancia entre el deseo y la realidad, entre nuestras aspiraciones y lo que en realidad conseguimos para satisfacerlas. En el pasado esta diferencia siempre ha generado la energía que permite que el proyecto del socialismo avance, que la sociedad avance. Lo que hay que hacer, sin duda, es engarzar la acción política con la sociedad a través de una nueva alianza que permita, a su vez, un engarce entre mundo de la cultura y mundo de la política, para conseguir que esta diferencia de potencial no lleve a la anomia, para utilizar términos sociológicos, sino al conflicto positivo, al avance, al progreso.

Aquí hay una mayoría de cambio, en el país hay un consenso reformador —o puede haberlo—, una mayoría para mejorar las estructuras que producen las riquezas de la sociedad y para mejorar las condiciones materiales, políticas, culturales y elementales de la vida de los ciudadanos. Ahí está el reto de los socialistas. Más que una compactación defensiva, un enroque, más que una jerarquización dura, más que una doctrina establecida, más que cualquier nostalgia de viejos catecismos, lo que conferirá señas de identidad y fuerza de futuro a nuestro proyecto será la conciencia de que estos objetivos deben perseguirse de una manera inteligente, eficiente y, sobre todo, abierta.

COLOQUIO

Manuel SANCHEZ ALONSO

En las cuatro intervenciones hay una nota común, cada cual con su acento, y es la insistencia en la participación. Elías Díaz ha señalado que el socialismo democrático es la profundización de la democracia en cuanto control democrático de la economía; Ramón Vargas Machuca nos hablaba del proyecto socialista como profundización de la democracia representativa; Antonio Santesmases nos ha recordado que la democracia se define como el gobierno político y no del pueblo, pero precisamente para censurar estas circunstancias y destacar la importancia de los nuevos movimientos sociales; y, por fin, Raimon Obiols también destaca en esa «nueva página» la importancia de dichos movimientos. Entonces, si existe este acuerdo entre ellos, podríamos pensar que una seña de identidad muy importante es la de la participación.

Manuel LOPEZ NOGUERA

Raimon Obiols, al referirse a los grandes problemas que nos ha creado la condición de desorientación o de ambigüedad, ha dicho que uno de los factores determinantes de esta situación es la cantidad ingente de información y ha señalado la posibilidad de que podamos asistir, casi simultáneamente, al asesinato de un presidente de EE.UU. (él no utilizó este ejemplo, pero nos sirve igual). Coincido plenamente con Raimon Obiols en que en España estamos abrumados por esa ingente masa de información, pero a esa información yo le agregaría un calificativo: es una información chatarra. Haciendo un símil, es el tipo de información de los médicos, cuando hablamos de alimen-

tos, decimos de ellos que llena la panza pero no nutre.

Pero la solución a este problema no consiste sólo en reducir la cantidad de información, sino también en profundizar en el aspecto cualitativo de la información. Es más, el gran motivo de la deformación —lo que antes se ha llamado perplejidad— se debe precisamente a la riqueza de la chatarra en la información, no a la riqueza de la información en sí. Si «Juan Pueblo» estuviera mejor informado no le estorbaría la cantidad. Lo que le estorba, lo desorienta y lo mantiene perplejo es justamente la falta de calidad de la información. En relación a todo esto, sugiero que se piense en qué se podría hacer sin limitar el principio de libertad de expresión y todos esos principios de libertad liberaloide de los que tanto se habla. Pongamos el acento en la calidad de la información, en la diferenciación precisa de lo que es la verdad y lo que es la falacia, diferenciemos claramente lo que es la calumnia de lo que es la crítica y señalemos esos aspectos tan denigrantes y frívolos que llenan al pueblo de cosas que no entiende y le mantiene perplejo. Apostemos por la calidad, no por la cantidad.

Carlos LOPEZ RIAÑO

Manuel Sánchez Alonso dice que todos los miembros de la mesa han estado, más o menos, de acuerdo, porque han hablado de la participación, pero yo he apreciado justamente lo contrario: no hay una identidad nuclear clara en el discurso de los cuatro ponentes. El efecto que me produce el debate es que existe una enorme dificultad para señalar en el momento actual las señas de identidad del socialismo —y

en esto quizás habría que distinguir si estamos hablando en términos generales o exclusivamente del caso español.

Eliás Díaz ha planteado una cuestión que en él viene de lejos y que a mí me parece muy seria. Ha hecho una aproximación a la Revolución Francesa, a la comuna-revuelta después de la peripecia revolucionaria, a la Revolución de Octubre, al troskismo, al comunismo real... para retomar, a partir de esto, el discurso de los valores de igualdad, libertad y fraternidad de la Revolución Francesa. Además ha dado una visión bastante institucionalizada del proceso, donde el Estado, las instituciones y la presencia de los socialistas en las instituciones tiene una relevancia importante. Esta exposición de Eliás Díaz no tiene nada que ver con la hecha por Ramón Vargas Machuca. Este se aproxima a un concepto, muy conocido en la evolución de los sistemas democráticos, como es la democracia como sistema racional, un sistema que ya no es democracia de opinión, ideológica o participativa, sino que da un paso más adelante y se convierte en la democracia que es capaz de generar un sistema que racionalice los procesos y le dé a los socialistas un sentido en esa situación. Antonio Santesmases nos plantea una cuestión muy importante y que nada tiene que ver con las anteriores. El núcleo central de su intervención es que las ideas o métodos de Marx son aplicables en la hora actual, mientras que nota un decaimiento del socialismo. Y, por último, Raimon Obiols ha tenido dos tonos distintos en su discurso: uno optimista, al señalar los horizontes del socialismo, y otro un cierto pesimismo al señalar la carencia de ética de parte del proyecto, algo real y cierto que afecta a muchos militantes en su conciencia.

Pero, dicho que los cuatro habeis expuesto unas posiciones distintas, señalaré algunas contradicciones. En primer lugar,

no creo que el socialismo europeo esté en su mejor momento. Por ejemplo, la distensión entre los bloques, que desea Antonio Santesmases, y la cultura de la paz, que sin duda desean todos, se está produciendo por el acuerdo entre el capitalismo que llamais duro y salvaje con el comunismo de la *perestroika*. Y quisiera preguntar si creéis sinceramente que los partidos socialdemócratas —partidos que, por cierto, son los constructores de la OTAN a través de la idea inicial de Henri Spaak— han contribuido en la hora actual de una manera tan definitiva a esa distensión. Quisiera que los compañeros, no con una aproximación utópica de querer ser intérpretes o protagonistas de la Historia, sino atendiendo a la situación real de Europa, me dijeran: ¿qué hemos hecho los socialistas o los socialdemócratas en los últimos años respecto a esta cuestión?

Y, en segundo lugar, Raimon Obiols dice que los partidos socialistas han generado en los últimos tiempos un gran relato. Estoy de acuerdo en que los partidos socialistas europeos han generado bibliotecas de relatos, pero el problema está en la relación entre los partidos socialistas europeos y la realidad. La relación entre el relato y la realidad de nuestras decisiones o nuestra voluntad política está muy desequilibrada. Quiero decir, en definitiva, que un militante que lleva muchos años en el Partido Socialista lo que se pregunta en estos momentos es cuáles son realmente las señas de identidad de su Partido, y no sólo la descripción de los relatos que cuenta su Partido.

Juan GOMEZ

La interrogante que iba a plantear la ha desarrollado ya prácticamente Carlos López Riaño. El presenta la cuestión de qué es lo que se pregunta un militante de base del PSOE sobre las señas de identi-

dad del Partido. Yo pregunto si ese militante tiene dudas porque no existen esas señas de identidad, porque se han perdido o están en crisis, o tiene dudas porque quien tiene que dar la imagen e impulsar ese mensaje ha perdido el Norte y está haciendo cosas que a él mismo lo hace entrar en crisis. Sin que tengamos que referirnos al proyecto, se produce una contradicción entre la práctica habitual

en las agrupaciones y en los lugares de trabajo de los militantes con la práctica de algunos dirigentes que tendrían que dar una imagen y dan otra. Entonces, la pregunta sería: ¿existe realmente una crisis de señas de identidad en el PSOE o está sucediendo que los que tendrían que impulsarlas, plasmarlas y llevarlas a la práctica están haciendo cosas muy diferentes de las que tendrían que hacer?

Elías DIAZ

La insistencia en la participación ha sido común a todos los ponentes porque es propia del socialismo. Sin embargo, sin merma de la participación y de su necesidad, pienso que hay que ser muy exigentes con ella. La participación es insustituible, pero ya he presenciado suficientes participaciones en órganos —y no me refiero al Estado, sino, por ejemplo, a la Universidad o a decisiones colectivas de algunas organizaciones de la sociedad civil— en las que se ve claro que no basta con la participación. Hace falta «ilustrar» la participación, hace falta que, además de participar y si queremos cambiar las cosas, sepamos cómo hacerlo. No se puede creer que simplemente porque participemos más vamos a encontrar la solución correcta. Para que las cosas vayan mejor también tendríamos que empezar por ilustrarnos nosotros mismos: es decir, ciencia y conciencia, además de voluntad o voluntarismo.

Por otro lado, respecto a la información, concuerdo con Manuel López Noguera. Antes contaba con Ramón Vargas Machuca que estamos en un momento de gran multiplicación de la información pero que quizás es a la vez un tiempo de gran incomunicación. La soledad y la falta de entendimiento mutuo parece una constante actual. Sin tener que dar la razón a Gorgias, yo mismo noto que cada vez entiendo menos ciertas cosas o ciertas personas y también veo que esos me entienden menos a mí. A lo mejor estamos obnubilados, aletargados o machacados por la capacidad de información. El aumento de la cantidad de información puede estar bien, pero no citaría esto como un hecho que podamos tomar siempre como un valor completamente positivo. Sin embargo, aunque concuerdo en lo fundamental, no calificaría a la información de chatarra. La información es más bien un tanque potente. Efectivamente, la información no es inocente, pero tampoco es chatarra para tirar. Es imprescindible pero insuficiente: hace falta sentido crítico sobre la información y manipulación.

En cuanto a lo expresado por Carlos López Riaño, yo también he notado que había, desde luego, una diferencia, pero, en cual-

quier caso, hay también puntos comunes, en los que prefiero insistir, y en esto coincidiría con el criterio de Manuel Sánchez Alonso. Es verdad que hay diferencias. Por ejemplo, le reprocharía a Ramón Vargas Machuga que haya hecho un discurso de identidad concreta y discreta. Luego él pondrá matices y dirá que no ha querido decir eso, pero teme que predomine la prosa excesiva y la urgencia del político y, en definitiva, el riesgo, que él mismo ha denunciado, de un cierto pragmatismo. Ya sé que él no quiere decir eso, pero su discurso ha ido por la línea de eliminar el referente teórico o dándolo ya por superado. Raimon Obiols también se ha expresado en el mismo sentido al decir que podemos pasar la página del debate. Sin embargo, pienso que sí que es necesario aquí y ahora un debate de fondo que será enriquecedor. Algunos de los que estamos aquí practicamos la política y por eso nos corre menos prisa pasar la página, porque a lo mejor resulta que lo que ha habido es una revolución teórica y práctica. Comprendo que haya quien diga que hay que pasar la página y ponerle encima cinco volúmenes de 6.000 páginas para que no se lean algunas de las barbaridades o las absurdas simplificaciones de estos años, pero decir, como hace Raimon Obiols —y ya sé que ahora matizará y dirá que no ha querido decir eso—, que hay que pasar la página me parece excesivo. En fin, en la necesidad de este debate es donde puede estar la discrepancia, pero, en cualquier caso, por debajo de esas diferencias hay —creo— entre nosotros supuestos comunes.

Por último, respecto a la pregunta de Juan Gómez sobre si hay crisis de identidad o la culpa corresponde a los dirigentes, me parece que se da un conjunto de todo ello. Sin embargo, no comparto la opinión de aquellos que dicen, con el dramatismo que nos caracteriza, que en la España actual no hay elaboraciones teóricas de un cierto nivel. Este calificativo podría aplicarse tanto al pensamiento como a la medicina o a la fabricación de artefactos, pero no creo que sea exactamente así, en cuanto a esas masoquistas diferencias. En España sí estamos hoy en un cierto elevado nivel. Ocurre que estos últimos diez años han sido difíciles, complejos y llenos de contradicciones, y aquí estamos nosotros ahora para intentar matizar un poco todo esto. En las elaboraciones teóricas (si crisis es ese momento de decisión entre morir o salvarse) no hay propiamente crisis. De la palabra crisis se abusa completamente y se hace no infrecuentemente retórica. Simplemente, hay problemas y nosotros los percibimos así. El «Programa 2000» es un buen ejemplo: se está llevando a cabo una reelaboración y nosotros decimos lo que sabemos y podemos y algún interés e importancia tiene. El militante de base también es consciente de ello. Por tanto, en este aspecto, no veo la situación tan dramática. Otra cosa es que las circunstancias políticas, sociales y económicas hayan obligado —si es que han obligado— a unas actitudes que, en parte, podrían y deberían corregirse. No es que no sepamos lo que queremos: el problema es si podemos hacerlo y cómo podemos hacerlo.

Sobre aquello que estoy de acuerdo no discuto y, por tanto, acepto la puntualización que ha hecho Elías Díaz sobre mi intervención. Pero, como no comparto lo que se ha dicho sobre la información, sobre este tema sí me posiciono. Hay que matizar este desprecio por la información, porque éste ha sido un logro de la sociedad desarrollada. Esta sociedad es una sociedad más informada que las sociedades anteriores, porque se ha producido un proceso de internacionalización y difusión de la información. Puedo estar de acuerdo en que eso no implica más comunicación, pero no cabe duda de que existe más información. Efectivamente, esta información es una información mediada, pero también era mediada la información que recibía el parroquiano a través del cura de la parroquia. Lo destacable no es que la información sea mediada —toda información lo es siempre—, sino que la acumulación de información permite un proceso de mayor ilustración de mayores masas. Lo cierto es que en la sociedad actual la gente tiene más información y, por tanto, su proceso de decisión es más ilustrado que los procesos de decisión de épocas anteriores. A mí no me gusta caer en el maniqueísmo y por eso no creo que sea acertada la tesis que dice que la información está distorsionada y manipulada y que, por tanto, no vale nada. Hay más información y creo que ese es un proceso positivo.

Por otro lado, y lo digo simplemente como anécdota, Miguel Angel Quintanilla y yo hemos escrito un libro sobre los temas que tratamos hoy y se lo hemos dedicado a Elías Díaz. Y se lo hemos dedicado por una razón muy sencilla, porque hoy defendemos lo que son posiciones que él viene defendiendo desde hace bastante tiempo. El lleva mucho tiempo manteniendo la defensa del Estado democrático y de la democracia representativa como llanero solitario en España, y esta es la causa de este modestísimo «homenaje», entre comillas. Sin embargo, por razones de tradición cultural o biográficas, la justificación por la que nosotros llegamos a estas conclusiones son distintas. Por tanto, hay una diferencia de justificación, pero una coincidencia en la defensa de un proyecto. La democracia no es un ente de razón, sino un procedimiento de decisión que se ha ido optimizando a través de su práctica. Esta práctica ha demostrado su virtualidad con el perfeccionamiento del Estado democrático y representativo y con las posibilidades de igualdad que se han desarrollado.

Y, por último, Juan Gómez preguntaba si ha sido la base o la dirección quien ha perdido el Norte. Perder el Norte no es el privilegio ni de la base ni de la dirección, esto es de las pocas cosas que comparten ambos. La pérdida del Norte se produce muchas veces a causa de dos razones. La primera es que en este país hay un problema importante que, por llamarlo de una manera retórica, po-

dríamos denominar la ausencia de cultura de la coherencia. Aquí todo el mundo asume cualquier discurso, incluso no se refleja en un cambio de los propios comportamientos. Y el segundo problema, importante cuando se está haciendo política, es lo que llamaría un cierto autismo, es decir, la pérdida de canales privilegiados de comunicación, que permite realizar un cambio de rumbo. Este autismo y esa falta de coherencia son las causas de que, de alguna manera, unos u otros perdamos el Norte.

Antonio SANTESMASES

De los que estamos en esta mesa debo ser de los pocos que tiene la costumbre de leer los libros de los colegas y hacer comentarios sobre ellos. He leído y comentado el «Programa 2000», el libro de Raimon Obiols y el de Elías Díaz. Pues bien, voy a esperar a que salga el libro de Ramón Vargas Machuca y Miguel Angel Quintanilla para hablar sobre él. Pero, por lo que he oído, me da la impresión que, efectivamente, Ramón Vargas Machuca es heredero de Elías Díaz, pero por la derecha. Y digo esto porque de todo lo expresado por Elías Díaz sobre la crítica a la lógica de la acumulación privada, nunca veo nada en Ramón Vargas Machuca y Miguel Angel Quintanilla, sino que, al contrario, más bien critican esas perspectivas anticapitalistas. Pero, en fin, esperemos a que salga el libro y entonces haremos el ajuste de cuentas que tanto le gusta hacer a él con el marxismo. En este caso será un marxista quien se lo haga a su libro.

Volviendo al debate, hay dos cuestiones que me gustaría comentar. Carlos López Riaño pregunta si estamos en el mejor momento del socialismo europeo. Mi opinión es que en la década de los 80 se han producido hechos muy importantes, como el fracaso del socialismo del Sur de Europa, que diluyen la esperanza de que había de ir más allá de la socialdemocracia. Esta es la razón por la que al final de mi intervención destacaba dos elementos contradictorios. Desde una perspectiva, se tiende hacia un proceso de europeización y hacia organizaciones más amplias, como consecuencia de que el Estado se ha quedado pequeño frente a las determinaciones económicas y militares. Un ejemplo de estas circunstancias es el acercamiento entre el SPD y el PCI. Pero, desde otra perspectiva, no cabe la menor duda de que hay un conjunto de sectores, iniciativas y movimientos que consideran, desde el punto de vista de la participación, que la política institucional tiene grandes límites y que por ello se pierde continuamente identidad emancipatoria. Esta es la tensión en la que estamos y, por tanto, de ninguna manera se puede dar la imagen de que el actual es el mejor momento del socialismo europeo, sino que hay que tener una enorme cautela metodológica.

En relación con lo dicho por Juan Gómez, creo que, efectivamente, la dirección ha perdido el Norte y la base está perpleja. Como estamos hablando de cara al año 2000, no quería referirme a elementos coyunturales, pero, desde luego, hay momentos en los que la dirección ha perdido el Norte claramente, y esto se nota. No me refiero exactamente a lo que estamos discutiendo hoy aquí, sobre los problemas del nuevo paradigma, los nuevos valores, la cultura de izquierda o el postmaterialismo, aspectos muy importantes que creo que, en la medida que nos vinculamos a Europa, van a aparecer, cada vez más, en la década de los 90. Pero sí a elementos centrales de lo que se denomina el viejo paradigma. Un ejemplo, del que hemos discutido aquí otras veces, es el papel de los sindicatos. Pensar que los sindicatos tienen la misma importancia que los colegios de abogados es perder el Norte radicalmente. Esto genera dudas, perplejidad y desconcierto en la base, porque, sin entrar en los valores burgueses mencionados por Raimon Obiols al final de su intervención, la base siempre ha considerado al Partido y al Sindicato como dos cosas muy unidas. En este sentido, siempre recuerdo que Enrique Múgica explica muy bien en sus memorias la experiencia de renovación del socialismo en España. Ver ahora a la gente moderada tildada poco menos que de criptocomunista por los antiguos antiimperialistas, por los que defendían a Cuba, la OLP o la dictadura del proletariado, y ver lanzarse a estos últimos a una campaña desatada de invención de lo que tiene que ser un nuevo modelo socialista sin sindicatos, evidentemente produce desconcierto y perplejidad. Efectivamente, se ha perdido el Norte, pero hoy no estamos aquí para lamentaciones y tragedias, sino para intentar abrir un poco más el horizonte y no caer en las heridas cotidianas.

Raimon OBIOLS

Quisiera hacer algunos añadidos a lo que se ha dicho hasta ahora. Primero, tengo la impresión que en el tema de la participación de los movimientos sociales tal vez he puesto poco énfasis. No subvaloro el tema en absoluto y creo que, al hilo de lo que ha comentado Elías Díaz, en este momento en la sociedad hay una incomunicación que probablemente llevará en los próximos años a un proceso de expansión de nuevos movimiento sociales. Este aspecto tiene gran importancia, pero no creo que éste se actualmente el tema para el socialismo. Lo digo sinceramente. Me parece que cualquier retórica en el sentido de lo que se ha denominado inserción en la sociedad y participación en los movimientos sociales por parte de los socialistas, si no va unido a ulteriores concreciones puede ser un poderoso elemento de desorientación. Yo he puesto el énfasis en el enlace entre cultura y política. Para mí esta es la cuestión fundamental en las vicisitudes del socialismo en España y en Europa en el momento presente y en los próximos años.

Intentaré explicarme tomando el hilo de la intervención de Manuel López Noguera sobre el tema del mundo de la información. En España hay un enorme problema. La transición política española se ha hecho en un momento que coincide con una reducción del espacio de la política en Europa y, probablemente, más allá. Hemos hecho la transición democrática en unos años en los que no sólo no ha habido coincidencia con fases de expansión de la política en Europa —como pudieron haber sido los años 30, 40 ó 50—, sino, más bien, en un momento en el cual la política se ha ido reduciendo, se ha ido profesionalizando. Y, en paralelo, ha habido esta enorme explosión del mundo de los medios de información. ¿Cuál es la consecuencia de esto si además le añadimos lo que ha sido el larguísimo paréntesis de la dictadura? Pues bien, la consecuencia ha sido —y es— la enorme pobreza de la cultura política en España. Por poner un ejemplo muy práctico: ¿qué instrumentos tenemos todos, desde el militante de base que tiene tantas dudas —aunque personalmente no creo que sean tantas—, hasta el dirigente político, para seguir lo que podríamos denominar la onda larga de la coyuntura política en España? Quiero decir, ¿qué leemos para seguir, no la vicisitud, la frase, el sarcasmo o el debate del momento, sino lo que está pasando en una onda de 6 meses o 2 años, para situarnos desde el punto de vista del análisis, de la previsión del relato o de los relatos? Yo no conozco prácticamente nada.

El terreno de la cultura política, no la cultura política académica o semiacadémica, sino la cultura política difusa de este país, es enormemente pobre. Más que en el tema de los movimientos sociales, es ahí donde hay un grave, gravísimo problema, que nos afecta incluso a nosotros en esas pérdidas de Norte en un momento determinado. Sean ciertas o inciertas, acertadas o no, si se hacen críticas, calan y tienen resonancia, son críticas eficaces que nos obligan a nosotros a la retroacción, a la respuesta, aunque sintamos en nuestro fuero interno que son críticas injustas. Buena parte de las causas de los problemas actuales derivan de esta situación de pobreza de la cultura difusa en este país, porque hace que todo, en un momento determinado, se circunscriba a aspectos anecdóticos y puntuales. Esta es la razón de que exista una enorme dificultad para la articulación de un relato, para utilizar la expresión que he venido empleando hasta ahora.

El relato es básico, y con esto enlace con la intervención de Juan Gómez, desde el punto de vista de una organización política y desde el punto de vista de su electorado. Tanto el militante de base como el cuadro de un partido político —y hablo también por mí—, y supongo que también el electorado, queremos tener la seguridad que con una opción política determinada se hace una inversión que mantiene intacta una esperanza racional en el proceso, y eso necesita ser alimentado de forma permanente. Por tanto, las dudas

o las perplejidades y las pérdidas de Norte están relacionadas íntimamente con la pobreza de los instrumentos de la comunicación política y de la cultura política difusa en el país. En este campo nosotros tenemos nuestra propia responsabilidad —sin duda no toda, pero nuestra propia responsabilidad—. Y todo lo que se haga para ir alimentando este proceso de crecimiento de la cultura política difusa del país en su pluralismo y en su componente socialista es absolutamente imprescindible y urgente desde todos los puntos de vista. Si no ocurre que nos aislamos. Toda la discusión sobre el aislamiento de los socialistas, lo que algunos llaman prepotencia y yo llamaría, por ejemplo, el defensivismo de los socialistas, tiene en este terreno una importancia capital y es una cuestión de enfoque estratégico absolutamente básica.

Por último, en relación a la intervención de Carlos López Riaño, debo hacer una aclaración. No he querido decir que el socialismo estuviera pasando el mejor de sus momentos en Europa. He dicho que el proceso de discusión, de debate, de elaboración del socialismo en Europa ha dado sus frutos y que esto es un elemento favorable a la idea de pasar página y de no entretenernos mucho tiempo más en la discusión sobre la crisis de la izquierda. Mi parecer es que se debe pasar página y articular, instrumentalizar e implementar lo que ha sido un proceso de acumulación de análisis de posiciones, de proyectos y de programas del socialismo europeo. Creo que este proceso tiene en estos momentos una entidad notable, aunque, por supuesto, también tiene una gran dificultad de implementación en el mundo mediático y en esta situación de reducción en el espacio de la política y de distanciamiento del ciudadano en relación con la política. En cualquier caso, el proceso de debate que han hecho los socialdemócratas alemanes o los comunistas italianos, que ha sido mencionado por Antonio Santesmases, o por los socialistas franceses, belgas o daneses, a pesar de todos sus problemas, tiene un extraordinario interés.

Pero, además, este proceso tiene otra característica muy importante y es que las distancias se han reducido enormemente, de tal forma que el relato o el discurso es hoy muy coincidente. Esto es decisivo para la construcción política de Europa. A partir de esta síntesis se deriva la conclusión de que sólo a través de un nuevo internacionalismo, de un nuevo europeísmo, del socialismo y de la izquierda es posible tirar adelante un proyecto que tenga una viabilidad reformadora completa. Por tanto, en este sentido tampoco minusvaloraría el papel del socialismo en Europa en estos momentos, ni el papel que ha jugado en los procesos actuales de distensión, a pesar de que, como digo, no es el mejor momento. Y, junto a este fenómeno acumulativo de elaboración de proyecto, queda claro otro factor, y es que entramos en una nueva era en el mundo que no puede reducirse, de ninguna manera, a un proceso de pacto coyuntural y circunstancial entre las dos superpotencias.

Lo que está sucediendo en estos momentos en el Este y en el Oeste implica una previsión de un cuadro donde Europa puede afirmarse y jugar un papel internacional. Y, en esta Europa que se afirma, que se une y que puede jugar su papel internacional, la familia del socialismo democrático tiene un papel potencialmente enorme y extraordinariamente importante en los próximos años.

COLOQUIO

Juan Antonio BARRIO

El tema de la relativización de las señas de identidad defendido por Elías Días me ha interesado mucho. Dentro de esa relativización, me gustaría centrarme en las señas de identidad en el plano económico. ¿Cuáles son las señas de identidad económica hoy en día en el proyecto económico del socialismo? En principio la respuesta sería clara: si el socialismo es la profundización de la democracia, se trataría de la democratización de la economía. Ahora bien, siguiendo a Vargas Machuca cuando habla de mecanismos concretos, ¿cómo se articula eso? Aquí habría una primera pregunta provocadora: ¿es compatible el socialismo con la economía de mercado? Creo que hay una identificación muy peligrosa entre economía de mercado y control privado de la economía de mercado, entre economía de mercado y propiedad privada de los medios de producción, y no digamos ya entre economía de mercado y democracia política. Todas estas identificaciones son muy peligrosas y parece que las mantienen tanto Ligachov como Margaret Thatcher, e incluso *El País* cuando un titular dice que 100.000 húngaros quieren desmantelar el socialismo.

Quiero decir, ¿cómo se puede articular ese mecanismo concreto —la democracia económica— para que haga compatible el socialismo con la reforma de la economía de mercado? Más concretamente, la pregunta sería: ¿se puede reformar la economía de mercado sin ir, en cierto momento,

contra la lógica del beneficio? Mi respuesta es claramente que no, no se puede reformar la economía de mercado sin ir, en cierto momento, contra la lógica del beneficio y sin ir contra la lógica de acumulación de capital, que es indudablemente muy peligrosa. Pero, ¿se está caminando suficientemente por este camino o, coincidiendo con lo que decía Raimon Obiols, habría que modificar el proyecto para intentar darle un contenido de reforma a la economía de mercado?

José María MARDONES

La pregunta que dirijo a Antonio Santestanes es: ¿qué es lo que no ha caducado el marxismo y qué es lo más importante de él para las señas de identidad del socialismo en este momento? Y a Ramón Vargas Machuca le preguntaría: si el marxismo está caduco, ¿cómo se justifica que hay que seguir manteniendo de alguna forma la opción ética fuerte del socialismo como, por ejemplo, la defensa de los pobres o de los oprimidos? ¿desde dónde se podría argumentar, entonces, esta defensa?

Jerónimo SANCHEZ BLANCO

De alguna manera, hay un cierto consenso entre los ponentes y algunos de los intervinientes en resaltar un conjunto de valores a los que no podemos renunciar, porque constituyen una identidad específica. Son los valores de igualdad, libertad

y solidaridad. Yo también comparto la opinión de que hay que recuperar el discurso de aquel socialismo utópico. En este sentido, quisiera recordar a Antonio Santesmases que el paradigma marxista no introdujo este esquema de valores éticos; sin duda, posteriormente el marxismo enriqueció el pensamiento socialista con la introducción del socialismo científico y el análisis crítico de la sociedad. Nuestra tarea, y en esto creo que son muy importantes vuestras aportaciones, es volver a recuperar este discurso de los componentes de los valores éticos que, como muy bien recordaba Elías Díaz, se hundió en la Revolución Francesa y la Ilustración.

En segundo lugar, también hay otro eje, otro referente que se ha puesto de manifiesto en el debate y es lo que podríamos calificar como la racionalidad del discurso o el discurso crítico, que ha de acercarse al conocimiento de las profundas transformaciones que se están produciendo en la sociedad actual, que han operado en la sociedad del futuro. De alguna manera, se trataría de sustituir el paradigma de análisis de las leyes científicas que Marx nos quiso inculcar por conocimientos más rigurosos. Aquellas leyes científicas marxistas básicamente no se han cumplido y muchos creemos que probablemente no se cumplirán y que habría que recomponer otro discurso crítico. En este discurso no se debe asumir el análisis y el contraste. Debemos asumir una actitud de conocimiento profundo y científico de los acontecimientos que observamos hoy en la realidad social. Por consiguiente, la formación de los sistemas económicos y los sistemas sociales sigue siendo algo que nos interpela y que nos tiene que seguir ocupando fuera de todo dogmatismo, porque a lo que no podemos renunciar es a un discurso que además de ético sea crítico, racional y científico. En este sentido, me parece interesante lo que apuntaba Ramón Vargas Machuca, no tenemos por qué anclarnos en determina-

das acciones científicas del pasado. Debemos respetarlas, fueron paradigmas de tiempos anteriores y tampoco se trata de descalificarlos, pero creo que todos consideramos conveniente la otra actitud.

Y, finalmente, hay un tercer referente: la actitud del poder, el poder como expresión del que domina en la vida económica, en la vida política o en la vida cultural. Aquí se ha planteado el problema de la participación, la democratización del poder, los elementos o la dimensión de la representatividad del poder. Este es un tercer eje en las cuestiones que nos preocupan y que debe conducir a un proceso creciente de democratización.

Artemio PRECIOSO

Durante décadas, en los programas de los partidos socialistas y socialdemócratas figuraban las nacionalizaciones. Todos sabemos que eso no ha funcionado siempre, ha funcionado en algunos sectores como el energético, transportes, etc., pero no ha funcionado en otros. Sin embargo, hay un ámbito de las necesidades sociales de vital importancia que no haría falta nacionalizar, porque es patrimonio común de todos, y que el socialismo ha subestimado. Me refiero al medio ambiente. El medio ambiente constituye hoy uno de los problemas verdaderamente globales, y no hablo sólo de España, donde hay sectores en los que la contaminación y los problemas ecológicos tienen carácter, sin exagerar, catastróficos, sino a escala planetaria. Y me sorprende que sólo Raimon Obiols y Antonio Santesmases hayan hablado del tema, y aún estos sólo como si se tratara de filatelia, como algo que tiene importancia, pero que no es fundamental. Desde mi punto de vista, los planteamientos ecologistas son una referencia obligada y fundamental en la política económica, en las opciones tecnológicas, en la política de empleo, en la

política internacional, etc. Por eso quería preguntar a todos los ponentes si consideran que la defensa del patrimonio natural

y del medio ambiente se puede incluir o no como una de las señas de identidad del socialismo.

Elías DIAZ

La manera en que se puede completar y autentificar hoy la democracia es con entendimiento hacia los sectores sindicales y hacia los nuevos movimientos sociales: efectivamente, el ecologismo tiene que estar presente. El ecologismo es una manera de profundizar la democracia y, en ese sentido, constituye en nuestro tiempo una seña de identidad del mejor socialismo.

Pero lo que fundamentalmente querría ahora destacar es la constatación de que hay una especie de ruptura, un enfrentamiento, una disociación entre los socialistas. De ahí la perplejidad y la pérdida del Norte en unas bases que, por razones de acumulación ideológica muy comprensible históricamente, representan, de alguna manera, la ética de los principios o la ética de las convicciones. Estos principios y convicciones no tienen por qué aceptarse críticamente porque proceden del pasado: las cosas cambian y también los principios. Pero, en cualquier caso, existen unas bases con una ética de los principios y convicciones y, al mismo tiempo, dirigentes acuciados por la praxis, por hacer cosas, invocando que los aparatos productivos no se pueden hundir y que hay que gobernar. De los dirigentes quizás tenemos el derecho a decir que en ellos tiende a prevalecer una cierta ética de los resultados y de las consecuencias. En este sentido creo que, como decía antes, se puede estar dando hoy una disociación entre, por un lado, convicciones y principios y, por otro, resultados y consecuencias.

Creo que la obligación que tenemos todos (porque esto no es labor de nadie en concreto) es, por un lado, evitar, sin acusaciones fáciles ni gratuitas, los fundamentalismos de los viejos principios y, por otra, evitar los simplistas y oportunistas pragmatismos. Si logramos introducirnos en un proceso de síntesis dialéctica, de convergencia, de crítica y autocrítica, no digo que se llegue a un final feliz sin problemas, pero sí que irían mejor las cosas; al menos así lo vemos algunos. Yo no coincido del todo con todos los viejos principios —y quizás esa también sea la explicación de que los pragmáticos hayan rechazado esos principios—, pero tampoco coincido con el abandono de la teoría y esa caída en el tecnocrático pragmatismo, sobre todo porque a veces la aceptación de la actitud pragmática lleva aparejada una «delectación», lo digo entre comillas, en los valores que están detrás de esa praxis, que son valores capitalistas muy diferentes a los que tenemos que defender nosotros. Me parece que es muy importante el esfuerzo

de articulación de los principios y las consecuencias y responsabilidades: al menos, que no hagamos de la «necesidad, virtud».

Desde luego que todo esto tiene mucho que ver con la economía. Creo que muchos de nosotros estaríamos a favor de una economía mixta, donde haya un espacio para la iniciativa privada, porque es importante que no se pierda la iniciativa y que lo que se puede hacer en beneficio de uno y de los demás se haga, y donde haya un Estado que cumpla las funciones de producción, de distribución y de regulación. Estas tres funciones del Estado son centrales. En esa economía mixta el socialismo no tiene por qué estar opuesto sin más al mercado. Ahora bien, no debe ser un mercado controlado privadamente, sino un mercado regulado y donde, en definitiva, el control democrático sea la última y más importante condición. Con esto y con alguna otra cosa más de las indicadas antes, estaríamos en vías de recuperar nuestras, aquí invocadas, señas de identidad.

Ramón VARGAS MACHUCA

Hay un aspecto al que antes me he referido mucho, pero sobre el que, después de oír algunas preguntas, voy a insistir. Es el tema de la dimensión del control democrático de la economía. Esta es una dimensión de eso que llamamos el desarrollo de la práctica de la democracia. Hay miles de programas y de proyectos donde esto se puede ir desarrollando para no quedarse solamente en la palabra vacía. Hay sistemas tales como la reinversión de los beneficios en los fondos de inversión o como la cogestión a nivel de empresa, un tema clásico en el socialismo. Otro punto importante en este sentido es el papel estratégico del Estado como agente económico (a veces se separa Estado y economía y se olvida que el Estado es hoy un agente económico fundamental) que, además, puede cumplir un papel de programación. El Estado, en relación con la economía, puede ayudar a articular formas de control como son las formas donde se contrapongan factores de peso a lo que es el juego del libre mercado —juego que, por otra parte, no existe—.

En este sentido, un tema fundamental es promover la cultura de la transacción y de la concertación. Hoy en día, la lucha de clases es una transacción entre tres elementos fundamentales: Estado, capital y trabajo —trabajo que no es ya la legión de desarrapados, sino una fuerza organizada con una capacidad de decisión y de intervención y que, en parte, tiene en sus manos la paz social—. Este pacto entre Estado, capital y trabajo ayuda, de alguna manera, a racionalizar la lógica del beneficio y a condicionarla. El beneficio es necesario, pero desde una perspectiva progresista la acción del trabajo organizado, del sindicato, de otro tipo de organizaciones y del Estado puede ahormar la lógica del beneficio a criterios de mayor reparto de ese poder económico.

Por otra parte, José María Mardones pregunta si, al dejar de lado el marxismo, se suprime la referencia, el mensaje, la cultura o la tradición de defensa de los oprimidos. No sólo no acaba, sino que hay que recordar que, antes de que existiera el marxismo, la tradición socialista —lo que era el socialismo utópico y el socialismo premarxista— ya se definía como un movimiento y una tradición que luchaba contra las condiciones de opresión. Cuando hablo de un socialismo postmarxista lo hago porque hay que recuperar conceptos tan fuertes en la tradición socialista como es la teoría de la explotación. Pero esta teoría hay que interpretarla. Si el socialismo tiene algún sentido, no es tanto por una apelación genérica a los valores de libertad, igualdad y solidaridad, cuanto por ser un movimiento que tiene la suficiente solvencia para encontrar mecanismos y programas que luchen contra la explotación y contra las condiciones de desigualdad de los más oprimidos. Por tanto, estoy de acuerdo no sólo en que no debe olvidarse esta dimensión, sino también en que, si se olvida esta dimensión, el socialismo se convierte en una retórica que no tiene nada que ver con lo que le da sentido, porque lo que le da sentido es precisamente la lucha contra las condiciones de desigualdad concretas que tiene la gente.

Antonio SANTESMASES

En primer lugar, ¿qué es lo que está caduco y qué no en el marxismo actual? En el marxismo actual hay una metodología muy acertada, un tipo de crítica radical del orden social y, sin embargo, no hay práctica política. Esto es lo que le ha sucedido al marxismo occidental después de la segunda guerra mundial. A partir de ese momento el marxismo se recluye en las universidades y comienza a elaborar epistemologías de gran categoría en torno a la discusión de si los orígenes de Marx son Rousseau, Espinoza, Kant o Hegel, y también a buscar los complementos necesarios al marxismo, como es el caso de la estética —esto lo ha estudiado bien Anderson—. Pero enlaza, cada vez menos, con la práctica política y con el movimiento obrero. Este es el divorcio que ocurrió en Alemania entre el movimiento obrero, el SPD y el Congreso de Bad Godesberg, y el marxismo que impera en las universidades a través de la Escuela de Frankfurt y la crítica a la propia Escuela de Frankfurt. Por eso he iniciado mi exposición, al hablar de los años 70, diciendo que hay un marxismo que intenta no volver a caer en los fallos y errores del marxismo occidental, esto es, en el olvido de los temas económicos y políticos básicos del marxismo clásico y la no conexión con los movimientos sociales y con el movimiento obrero. ¿Quién ha desarrollado este marxismo que me parece que sigue estando vivo? Pues, por citar sólo dos ejemplos, Thompson y Manuel Sacristán y su escuela. Los planteamientos de Thompson sobre el problema del despliegue de los euromisiles y la carrera de

armamento es el desarrollo de una línea típica de un marxista: viniendo de una tradición y habiendo desarrollado muchos trabajos epistemológicos en discusión con Althusser, a partir de un momento determinado conecta con un movimiento social concreto. También Sacristán y su escuela intentan que el paradigma marxista enlace con el ecologismo. Por lo tanto, hay ejemplos de un marxismo que no cae en el vicio del marxismo occidental de no entrar en contacto con la práctica política y donde vuelven a rehabilitarse aspectos que son muy importantes para la cultura de la izquierda: por un lado, esta apertura a los nuevos movimientos sociales, y no sólo al viejo movimiento obrero, como pueden ser la ecología o el desarme y, por otra parte, una nueva forma de ver el papel de la ética.

Este punto tiene mucha importancia. En nuestro país se corre el peligro de una división de funciones, según el cual la práctica política, cada vez más, se guía por los mecanismos del mercado político, el mercado electoral, la práctica gubernamental, por los mecanismos vinculados a los grandes centros de poder económico, y la ética queda como un discurso puramente procedimental donde nunca se entra en conexión con la mediación social. Sin embargo, hay que recuperar un discurso ético político donde se conecten no sólo los principios y las convicciones, sino también las consecuencias y los resultados. Esto ha sido básico en lo mejor del pensamiento marxista. Hay que intentar una conexión de la concepción del mundo con lo que significan los análisis estratégicos de correlación de fuerzas. Pensemos, por ejemplo, en el caso de Enrique Tierno. Tierno reivindicó hasta el final, en su propia concepción, el marxismo, no sólo como método de investigación, sino también como una determinada concepción del mundo. Cuando él criticaba la metafísica partía de ese ideal básico. Por ahí, por ese paradigma teórico, hay posibilidades de avanzar. Otra cuestión es si ese paradigma es hoy floreciente en nuestro país. Yo creo que no. Y no lo es a causa de la evolución de los partidos de izquierda, de la evolución que ha tenido el propio pensamiento en los centros universitarios o de la propia cultura difusa, que antes mencionaba Raimon Obiols. Pero que en estos momentos estemos en una situación de resistencia de minoría no quiere decir, de ninguna manera, que haya que abandonar este discurso. Por lo menos así pensamos los que creemos que este discurso es más adecuado que otros.

Desde este punto de vista, intentaré responder a dos cuestiones que han sido planteadas: una, sobre el tema de la ecología, y otra, sobre la economía de mercado. En relación con la ecología, no he pretendido decir que se trate simplemente de aumentar el repertorio y sumar al crecimiento económico y la seguridad unas gotitas de ecología, otras de pacifismo o una cuota de la mujer en las listas. Más bien he dicho que hay contradicciones internas, que hay momentos en que las reivindicaciones de esos movimientos como

el ecologista o el pacifista chocan con la práctica política tradicional de los partidos de izquierda: chocan, por ejemplo, en problemas como el secreto militar, la soberanía limitada a los gastos militares y también, en muchas ocasiones, con las reivindicaciones sindicales que intentan el mantenimiento de determinados puestos de trabajo, cuando el ecologismo señala las consecuencias de ellos para el medio ambiente. Entonces hay que buscar un nuevo tipo de cultura.

Antes no quise hablar de los sindicatos, pero éste es un punto importante. Un sindicato que sólo se preocupa del problema del empleo y del salario y no tiene ningún problema con que en su interior penetren las más diversas y plurales ideologías, difícilmente se abrirá a los nuevos movimientos sociales. Si se quiere hacer un sindicato en el que se encuentren cómodos los militantes o votantes del CDS o de AP, entonces, por ejemplo, el día de la mujer trabajadora no podrá reivindicar el derecho al aborto, porque aquellos tienen un pie en un partido confesional. O no podrá defender la Revolución nicaragüense porque, si todo el mundo cabe en el sindicato, habrá quien piense que Nicaragua está guiada por una potencia comunista para intentar acabar con la patria de la libertad, que según ellos representa EEUU. Por tanto, no digo que se trate simplemente de ampliar el repertorio, porque eso implica un determinado tipo de partido o sindicato. Implica un partido que se vincula absolutamente a las necesidades del mercado político y —aquí Offe tiene razón— donde todos aquellos elementos pragmáticos que sean susceptibles de implicar pérdidas de apoyos electorales desaparecen. Se trata de los partidos «atrápalotodo» o «catchall party». Este modelo, que puede implicar grandes ventajas electorales, tiene las desventajas de reprimir las capacidades de construir y de potenciar una identidad política alternativa.

Y, sobre el tema de la economía de mercado, diré que el otro día hubo un debate muy interesante entre José Borrell y Manuel Castells. Durante toda la sesión se hacía una distinción entre economía de mercado y capitalismo y se insistía en que se puede aceptar lo primero y rechazar lo segundo. Pues bien, cuando le tocó contestar a José Borrell, éste le dijo claramente a Manuel Castells que había que aceptar una cosa y otra. Esto es una de las cosas interesantes que ocurren, que incluso a este tipo de debates en que se intenta levantar un poco el vuelo, en ocasiones son contradictorios con el propio problema de la práctica más directa de gestión. Los que tenemos la experiencia de que siempre se nos acuse de ser puramente retóricos y quedarnos en una especie de posición resistencial, con esto ya podemos decir que incluso lo expuesto por Ramón Vargas Machuca también es retórica al lado de una práctica que no distingue entre economía de mercado y capitalismo.

Cuando se produjo el debate sobre el marxismo dije que a un militante el bagaje marxista se le debe suponer como a un soldado el valor, forma parte de nuestro patrimonio cultural e ideológico. Ahora, Marx nació, si no recuerdo mal, tres años después de la batalla de Waterloo, y también esto hay que tenerlo presente. El marxismo es imprescindible como patrimonio cultural del socialismo, hay que leer a Marx y, sobre todo, al mejor Marx, que para mí es el que analiza coyunturas políticas, pero no hagamos bromas y digamos que el marxismo debe ser como el recetario, el catecismo o la biblia del socialismo. La historia ya ha dictaminado claramente sobre esto.

En segundo lugar, quiero hacer un cierto elogio de la diferencia. Aquí se ha señalado que había diferencias entre los ponentes, y a mí esto me parece positivo. Una de las rémoras que hay que abandonar del patrimonio plural de la izquierda es la cultura de la síntesis. Mejor que la cultura de la síntesis sería la cultura de la coherencia global dentro de un marco flexible, de un cierto pluralismo y el elogio de la diferencia, de las sensibilidades distintas, de las aproximaciones diversificadas, porque esto es sumamente enriquecedor. Lo contrario, la cultura de la síntesis, conlleva riesgos enormes, porque en las organizaciones políticas la síntesis puede ser la coartada para un proceso hacia una jerarquización excesiva, la síntesis la suele hacer quien dirige. Mejor que haya pluralismo y diversidad, aunque, eso sí, con coherencia.

Y, en tercer lugar, estoy algo tentado de hacer un elogio del mercado. Aquí se ha preguntado: ¿es compatible el socialismo con la economía de mercado?; pero a mí se me ocurre invertir irónicamente la pregunta: ¿es posible el socialismo sin economía de mercado? ¿qué está pasando en la URSS?, ¿cuál es el objetivo de la *perestroika*?, ¿es un objetivo de democratización que deja intactas las infraestructuras de la economía del país o, por el contrario, es una tentativa —esperemos que con acierto— para introducir mecanismos de mercado con un objetivo: la convertibilidad del rublo?, ¿no es cierto que el fiel de la balanza del éxito o fracaso de la *perestroika* será llegar o no a un día en el que el cambio oficial y el cambio real del rublo coincidan? Pocos meses antes de que fuera asesinado, conversé con Olof Palme un par de horas. Una gran parte de su exposición estuvo dedicada a hacer un elogio entusiasta del mercado: «el mercado, decía, qué cosa más formidable para el socialismo; sin esto se va al disparate». Ahora, ¿significa esto la rendición sin ambages al neoliberalismo? ¿es esto el elogio de la economía absolutamente privatizada y el menosprecio de los mecanismos de intervención del sector público, del Estado? En absoluto; lo que caracteriza la orientación fundamental del socialismo democrático europeo es la búsqueda de un nuevo compromiso, de

un nuevo consenso que permita gobernar el mercado en Europa y constituir un modelo de desarrollo y un modelo de sociedad que dé al mercado sus fuerzas, unos límites éticos y unos límites ecológicos.

La cuarta consideración es en relación a este último aspecto. En esta visión optimista que he tratado de dar he dicho que en el socialismo democrático no hay síntesis y no hay —ni habrá— doctrina, pero hay municiones muy sólidas, armas muy potentes para una contrarréplica a la década neoconservadora, para el inicio de una etapa neoprogresista donde el socialismo tome la iniciativa. Entre esas municiones hay una visión nítida y muy central de los aspectos ecológicos del desarrollo. Esto es realmente un cambio de paradigma, incluso en el aspecto más esencial de los valores, en el aspecto ético. Por ejemplo, sobre una cuestión tan absolutamente básica de cambio de mentalidad, de cambio de cultura, como es la consideración de que tenemos responsabilidades éticas, no sólo con nuestros semejantes, sino también hacia las generaciones futuras, hay un informe absolutamente fundamental sobre nuestro futuro común, elaborado por una comisión presidida por la primera ministra de Noruega, Harlem Brundland, que sienta claramente las bases de este nuevo paradigma desde el punto de vista del socialismo europeo. Todo esto está ahí, pero lo que me inquieta, lo digo con franqueza, es que como consecuencia de nuestra falta de instrumentos caigamos en la tentación de considerar que esto es una carencia de todos nosotros o que es un desconocimiento de los avances del socialismo europeo en estos últimos años, que son realmente importantes y que, en gran parte, desconocemos por diversas causas, una de las cuales es, sin duda, el enorme reto que ha significado para el Partido Socialista la asunción de responsabilidades de gobierno. Esto, sin embargo, lleva a la conclusión de que hay que espabilarse, que hay que conectar, que hay que abrirse y unificar al socialismo europeo. Y acabo con algo que dije en presencia del afectado, lo que alguien puso malévolamente en boca de Alfonso Guerra, «el que se mueva no sale en la foto» hay que girarlo hoy y decir: «el que no se mueva no sale en la foto».